

S U P L E M E N T O S E M A N A L D E A R R I B A



Año I - Madrid, 14 de junio de 1942 - Núm. 24



GALICIA

Portada, aguafuerte de M. Castro-Gil.

La gran romería de la Cristiandad, por Eugenio Montes; páginas 3 y 4.
La Galicia nacional frente a la Galicia de los emigrantes, por Juan Aparicio; página 5.

Siete notas sobre Galicia, por Gonzalo Torrente Ballester; página 6.

De las canciones y de otras cosas memorables de Galicia, por Pedro Mourlane Michelena; página 7.

La ruta del Norte, por Luis A. Bolin; páginas 8 y 9.

Terra malencónica, por Tristán Yuste; página 10.

Itinerario espiritual de Galicia, por Salvador Lissarrague; página 11.

En la ría de Vigo, por Santos Alcocer; página 12.

Itinerario gastronómico, por Julio Fuertes; página 13.

Por el laberinto gallego, por Alvaro Cunqueiro; página 15.

Ermida gallega, aguafuerte de Castro-Gil; página 16.

Dibujos, viñetas y aguafuerte de Tauler, Eguía, Viladomat, Gabriel y Castro-Gil.

FLORIAN DELGADO



Almacén de papel y artículos de escritorio

La casa mejor surtida

Próximo traslado a **BOLSA, 12**

TELEFONOS
18181 y 16481 al 16483

BAR IMPERIAL

(ANTES DERBY)

José Antonio, 8 :: Vigo

VAPORES DE PASAJE Y TURISMO, S. A.

Plaza Compostela, 15

Teléfonos: 2810 y 2262

V I G O

Servicios regulares de vapores entre Vigo, Cangas, Moaña, San Adrián y Domayo

Excursiones por la ría

UNA NUEVA GRAN INDUSTRIA VIGUESA

En el próximo mes de julio se inaugurará en Vigo una de las mayores instalaciones frigoríficas de Europa

Cinco millones de pesetas invertidos en su instalación y funcionamiento

De un extenso areal, hace apenas tres años, están surgiendo día a día diversos edificios y magníficos, que demuestran lo que nos "empuja" el mar. Nos referimos a la Dársena número 4 del Berbés, donde hemos visitado una instalación industrial modelo en su clase, de grandes vuelos, y que reportará beneficios al desarrollo de la riqueza pesquera de Vigo. Se trata de una factoría frigorífica, la mayor de España, como corresponde a Vigo, que es también el mayor puerto pesquero de la península, por la importancia de su flota y de sus cámaras. Será, además, la sexta instalación de Europa, por la importancia de su volumen frigorífico.

Esta factoría frigorífica del Berbés, que ocupa 2.300 metros cuadrados, con dos y tres pisos, se compone principalmente de fabricación de hielo, de congelación de pescado y de cámaras a muy bajas temperaturas (hasta 35 grados bajo cero) para la conservación de pescados y toda clase de productos sujetos al frío industrial.

Se trata de alejar para siempre la inquietud de la falta de hielo que se dejaba sentir en ocasiones, debido al enorme desarrollo que va adquiriendo nuestra flota pesquera.

La nueva factoría a que hacemos referencia tiene una capacidad de producción de 230 toneladas diarias, distribuidas en tres tanques de 110-110 y 60 toneladas, respectivamente. Su concepción y manización no puede ser más perfecta y moderna.

El Estado, atento al desarrollo de su riqueza pesquera, favoreció a esta industria concediéndole los correspondientes permisos de importación y divisas para su maquinaria (maquinaria

de gran potencia: 1.600.000 frigorías a la hora).

Todos los movimientos de la factoría están de tal modo mecanizados, que el trabajo del hombre es sólo vigilar las máquinas y los distintos transportadores, elevadores, basculadores, pesadores, etc.

Su característica más saliente y, desde luego, la más interesante para Vigo, es que se va a proveer de hielo a los barcos a razón de 60 toneladas a la hora.

La sección de congelación de pescado tiene el objeto de revalorizar la pesca y regular los mercados consumidores.

Los armadores tendrán sus cámaras independientes; es decir, cada armador podrá contar, como si fuera en propiedad, con un departamento frigorífico, donde en cualquier momento puede defender sus caladas, sin que nadie más que él tenga acceso al mismo.

Se han invertido en esta factoría frigorífica cuatro millones y medio de pesetas, capital en su mayor parte gallego.

La dirección del negocio está en manos gallegas, y todo el trabajo salió de los talleres vigueses. Se ha demostrado a Vizcaya que aquí se trabaja muy bien el hierro y que hay magníficos artistas que, pegados al torno, saben sacar de sus manos piezas maestras.

Su inauguración y puesta en marcha va a realizarse el 1.º de julio próximo. Se espera que con este objeto acudan a Vigo altas personalidades oficiales, que una vez más tendrán ocasión de apreciar la importancia y el trabajo que se está desarrollando en este puerto y la ingente labor que Vigo está haciendo para poder atender al resto de España en abastecimiento de tanta importancia como es el de las especies extraídas del mar.

CAJAS CARTON

Matamoro

V I G O

Poco más de cinco años lleva establecida en Vigo esta importante industria dedicada a las especialidades de envases para laboratorios, cajas de cartón, artes gráficas, y que cuenta entre sus clientes las más prestigiosas firmas españolas.

Con fe incansable y constancia en el trabajo, su director, Sr. Matamoro, ha conseguido, tras no improbables esfuerzos, construir sobre una superficie de 1.500 metros cuadrados, y en terrenos del barrio de La Rola, en Couto, unos magníficos pabellones, dotados de todos los adelantos modernos y las más perfectas máquinas de su especialidad, donde muy en breve serán trasladadas todas las que ahora trabajan en los pequeños locales de San Vicente, 10.

Increíble parece a simple vista la labor desarrollada por el señor Matamoro, y no es fácil comprender el gran esfuerzo realizado por este industrial, que en el año 37 era modestísimo y que en la actualidad, y gracias a su pericia, laboriosidad y honradez, ha logrado destacar brillantemente dentro de su rama.

Felicitemos efusivamente a Cajas de Cartón Matamoro por este auge de su industria, y la deseamos en su nueva fábrica tanto acierto y trabajo como en la que ahora laboran.

Colegio LABOR

DIRECTOR, D. SERGIO SABORIDO

Primera y segunda enseñanza

EXAMENES DE ESTADO

Romil, 100

V I G O

ALMACENES

RECAREDO

Tejidos y paquetería

Ronda, 56 — **V I G O**



FABRICA DE GOMA
"IMPERIO"
J. GRIMBERGHS

CAUCHO DENTAL
ARTICULOS MOLDEADOS
CORREAS
ARTICULOS PARA ORTOPEDICOS
CALZADO VULCANIZADO

y en general, todos los artículos para industrias

Primera y única fábrica que confecciona artículos a base de goma sintética BUNA

Felipe Sánchez, 134 :: Apartado 142 :: Tel. 1084 :: Vigo

La gran romería de la Cristiandad

Por EUGENIO MONTES

I
A QUI y ahora, desde la altura del Pico Sacro y en este atardecer, Compostela es una ciudad y es una metáfora. Lejana de brumas, extraviado entre la llovizna el sol, al que en vano—"errantes revoca"—llaman los bronceos catedralicios, a la luz de un día que se nos muere prematuro y pálido como un novicio, Compostela, color de nácar y de madreperla, se presenta confundida con su símbolo y es una concha cosida a la capa del peregrinante paisaje gallego.

Jamás urbe alguna llegó a identificarse tanto con su sentido y su intención. Díjese que en otro prodigio apostólico las conchas jacobas se hubieran desprendido ellas solas de las esclavinas, y en un vuelo de leyendas y de tropos—conchas, pájaros, flores—vinieran a posarse unánimes en el valle del Sar, para unirse en una "vieira" única que fuese a la par un pueblo único. "Vieira" de piedra y lluvia traída a estas tierras últimas por un oleaje de fe del mar sin orillas de la Cristiandad.

II

En el aire marino que envuelve la "vieira" compostelana, el orbayo paciente del Noroeste alude a silencios de algas, sordinas vegetales donde naufraga toda voz. Pero todavía entre estos callados verdes, húmedos los oídos del crepúsculo, pueden escuchar ecos de preces y de siglos, un susurro católico de rezos y de edades guardado en la concha litúrgica en rumor de santidad. Nos parece que la "vieira" jacobea le cuenta al viento su historia y narra algo que los hombres de otras épocas sintieron como axioma, aun cuando haya sonado a paradoja y escándalo para el sentir moderno, ya inactual.

Concha de Compostela, yo he creído entender en tu confidencia que el secreto de tu vida—que es todo el secreto de la civilización—ha consistido en "transformar la Historia Natural en Historia Sagrada", con designio opuesto al de esa torpe sociología de ochocientos, que hundió la civilización en sus peores lodos al tratar la Historia Sagrada como Historia Natural.

III

Dijo el poeta: "Es esencial al milagro su brevedad. Milagro que dura, ya no es tal." Pero este milagro compostelano no se cuenta por segundos, sino por milenios. Y sólo el Señor sabe si todavía no ha de durar. En el año 45 después de Jesús, una barca salió de Sope con siete marineros y un sarcófago. Apenas si los hombres movían los remos; pero el pulmón de Dios inflaba el triángulo de la vela, y la barca pasó las costas del Asia Menor y de las Penínsulas del Mediterráneo para franquear las columnas de Hércules, y detenerse cerca del "Finisterrae", aquí, donde las aguas del Ulla se hacen novias del Sar. Cuando el primer marinero saltó a la ribera, una concha de mar le colgaba de un hombro.

Allá se adentraron por la tierra firme con sus "vieiras" buscando lugar para las cenizas de Santiago, hijo del Cebedeo, uno de los doce a quienes cupo una parte de la llama de las doce lenguas. Cuando el Apóstol quedó enterrado, todos los pinares célticos fueron un incendio. Pero este no fué incendio de devastación, sino de claridades.

Más tarde vinieron las devastaciones. Vientos góticos bajaron del Norte, vientos arábigos subieron, tronchándolo todo,

del Sur. Cenizas heréticas anonadaron las hogueras encendidas en las cumbres de Galicia sobre las mismas aras antes célticas, hasta que un ermitaño—813—ve en el cielo una estrella fija en éxtasis ante un bosque. El sepulcro apostólico se descubre, y Santiago aparece en el sarcófago. Y con él un bordón y una concha.

IV

"La Crónica de Turpin" narra una leyenda maravillosa. El Emperador de Occidente era ya viejo, y antes que la pelea codiciaba el reposo. Una noche, hallándose acostado, elevó a la altura los entreabiertos ojos. Los de los Reyes Magos no se asombraron más que los de Carlos aquella noche. Un camino de luceros—ha-

tió en la tierra hasta que no existió en el cielo, ni fué geografía, sino por ser historia.

V

La estrella en éxtasis ante el bosque llega a ser colegio astral, errante y luminoso. La concha marinera se multiplica en conchas peregrinas aprendizas de una nueva civilización. "Que también la cultura—escribió mucho después Fray Benito Jerónimo Feijóo—, también la cultura viene peregrinando."

De la cultura por antonomasia, nuestra cultura europea, quizá no sea justo decir que vino peregrinando, sino, más bien, que nació con la misma peregrinación. El movimiento se demuestra andando. Y la ci-

tra su representación en lo que cierra y separa, porque encadena y esclaviza. En cambio, la vida europea desde su clara mañana medieval y carolingia, se nutre de un afán liberador y progresivo que va esparciendo albedrío por la anchura del orbe y creando fe en lo por venir. Por eso lo que mejor representa el sentido medieval es la imagen del paladín iluminado, del caballero errante, que hace de la liberación su sino. Por el polvo de la Edad Media corre siempre el héroe que combate y que salva. Por el aire de la Edad Media vuela siempre en socorro la sombra alanceada de Santiago Matamoros, gran Patrón de la Orden de Caballería, amadís entre los Apóstoles.

Los grandes hechos históricos de la Edad Media tienen, a la par, redoble de tambor de guerra y de romería jovial y fervorosa, de lucha y de viaje, de agnía y de fiesta. El primer europeo es el primero que trocó el bordón en lanza y en lanza el bordón, el primer cruzado a Jerusalén y el primer peregrino a Compostela. Con orgullo se llama a sí propio "Premier pelerin" Carlos el imperante, el que en "Espagne la grant" se cubrió de heridas para

Tournier en franchise

le zamin et la voie dou bon saint de Galise.

Ser caballero y campeón de Santiago era el más florido título de los pares de Francia. "En el siglo XII, cuando el camino de Roncesvalles apenas era bastante ancho para los peregrinos a Compostela, éstos vieron en Carlo Magno y sus pares campeones de Santiago", nos dice Bedier.

Según la versión rimada de la "Chanson de Roland", cuando Carlos vuelve a León los vasallos le preguntaron airados qué ha hecho de los varones: "Han muerto—responde—; pero han dejado franco el paso en los caminos que llevan a Galicia."

En el "Codex Calixtinus", con la más tierna prosa que se haya escrito jamás, se narra cómo el Apóstol le promete al Emperador darle vida perdurable en la memoria de los hombres, y eterna salvación en las alturas, si libera su sepulcro para poder él, a su vez, a caballo, liberar de musulmanes la oprimida Cristiandad.

Cuando Carlos llega al otro mundo y los ángeles pesan sus culpas, la balanza se desnivela, porque los pecados hunden uno de los platillos, y en el opuesto, desnudo y vacío, apenas existen buenas acciones capaces de contrapesar las malas. Entonces, un "gallego sin cabeza", en recuerdo de la romería compostelana del creyente, y de la cruzada jacobea del héroe, acude a restablecer el fiel, equilibrando con joyas nunca vistas el peso de los pecados del gran señor. "Estas joyas—escribe Joseph Bedier—yo las conozco y todos pueden conocerlas. Se llaman la "Entrée en Espagne", la "Prise de Pampelune", la "Chanson d'Agolant", la "Chanson de Roland", la "Chanson—en fin—de Gui de Bourgogne". Son las leyendas épicas francesas esas joyas carolingias. Las leyendas de la poesía épica medieval, obra de la santa plebe de Dios en marcha hacia la tumba del Apóstol, alternando con las baladas líricas, como aquella, que es quizá la más antigua expresión de la poesía inglesa, o las alpinas de Vol Gardena, en el idioma que los filólogos llaman reto-románico.

Ya en 1895 Julián sospecha que los creadores de la poesía carolingia fueron los rómicos santiagueses. "Se puede en-



rina de arcangélicos molinos—atravesaba el cielo entero desde el mar del Norte hasta el Atlántico.

Entonces un alto barón surge de pronto y habla así:

—Yo soy el Apóstol Santiago, a quien el Señor escogió para predicar su ley. Y he aquí que mi cuerpo está en Galicia, aunque no se sepa exactamente el punto, y he aquí que los sarracenos oprimen el país. Dios me envía a fin de que tú vayas a la tierra en donde está mi sepulcro. Esa vía de estrellas que has visto significa que tú irás a Galicia al frente de un Ejército, y que detrás todos los pueblos irán allí.

En un abril inesperado la barba, ya mustia, del imperante Carlos volvió a florecer. El Emperador se hizo ante la poesía, cruzado y peregrino. Un Ejército de fieles y de versos bajó a España. La cultura se puso en marcha hacia lo que los mapas alemanes llamaron Jacobslanden: el país de Santiago, un país que no exis-

vilización se muestra, se crea y se despliega cuando incluye en su ancho círculo toda la redondez del mundo. Europa es algo que nace a marchas forzadas. Europa fué—y es—un camino. Un sin fin de caminos con un fin. Con un fin de universalidad y unanimidad progresiva. Europa es una invención del camino de Compostela.

Frente a la limitación exclusivista de la cultura antigua, la cultura cristiana y de la Europa medieval afirma la posibilidad de salvación de todos los hombres a condición de ser incluidos en el cuerpo universal de una Iglesia que siente la continuidad del destino del hombre por encima de los límites y servidumbres del espacio y de tiempo. Así la imagen del hombre antiguo es la estatua euclidiana, insensible e inmóvil; pero el símbolo del hombre europeo es el peregrino animado que se mueve y conmueve, que camina y que ora. La vida griega y romana descansaba en el respeto a lo fronterizo y encuen-

contrar a Carlo Magno en Bellín, en Saint-Seurin, en Blaye; es decir, en los monasterios de reposo y plegaria situados en los caminos que seguían los peregrinos que iban a Santiago. "¿Quién sabe—pregunta—si no han sido estos romeros los principales artesanos de estas leyendas, los verdaderos rapsodas de esas epopeyas, agregándolas, por decirlo así, a las vías que recorrían, a los santuarios donde se entregaban al descanso y a la oración?"

El vislumbre de Julián ha tenido reciente confirmación en la obra imponente de Bedier, consagrada a la epopeya francesa.

Hoy sabemos que no fueron los canónigos al servicio del Cabildo compostelano quienes tuvieron la ocurrencia de religar las canciones de gesta a los santuarios, trasfigurando en bordones de romeros las lanzas de los pares carolingios. Si fuesen ellos quienes encontraron para los muertos de Roncesvalles las magníficas tumbas de Saint-Seurin y de Aliscamps, entonces habría que reconocer, en justicia, que eran creadores de los más bellos mitos del mundo. Pero los falsarios no hicieron sino prolongar una verdad preexistente, convirtiéndola en voces el secreto. El secreto, ignorado por los hombres modernos, de la unidad moral de la cultura cristiana.

Esa unidad moral de la cultura exigía suponer un mismo origen a las formas plásticas del estilo románico que a las leyendas de la poesía. Pero, además, los estudios de Kingsley Porter prueban que esa comunidad de origen, postulada por la investigación como un "a priori", es un hecho inductivamente demostrado.



Caserío feudal.

Castro-Gil

Con segura audacia se atreve también, a su vez, el erudito americano a identificar la historia de arte románico con la historia de las romerías a Compostela. Si las canciones de Gestas nacieron en las iglesias y monasterios donde encontraban posada de fe y de amor los peregrinos,

fué porque antes, en las márgenes de las rutas, otros romeros habían edificado a cincel los albergues divinos. Poesía, arquitectura. Y la filosofía, a la par, pues habrá vanido o no Roscelino el nominalista a orar ante el sepulcro del Apóstol; pero es indudable que alguna de las Summas aquinianas, esas catedrales románicas de la especulación, nacieron en la rue Saint-

Jacques, de París, en el camino de Santiago.

VI

Robert le Frison, hijo del conde de Baudouin de Lille, también he de citarte aquí como testigo—como mártir—en este pleito de mayor cuantía. A ti, que tal vez a impulsos de tu sangre carolingia, te lanzaste en una barca, siguiendo la ruta de los cisnes, desde tu Flandes nativo hasta mi Galicia natal; a ti, romero apostólico, que hiciste del remo bordón y del bordón lanza para venir, primero a Compostela, y a Palestina después. A ti, que con anterioridad a Godofredo de Bouillon te arrodillaste cabe el sepulcro de Cristo en la ciudad de Jerusalén, donde Santiago Apóstol había sufrido el martirio.

Tú sabes si miento cuando digo que el paso europeo fué paso de romería, y tiene que seguir siéndolo.

Tú sabes si es o no verdad que la civilización europea fué ungida de gracia cuando en Compostela la naturaleza se trasmutó en sacramento, y la concha, que en la paganía era una cuña de Afrodita, se convirtió en pila bautismal.

A onde ira meu romeiro—meu romeiro a onde irá.

Iba, por los cuatro puntos de la rosa, a ganar para la Cristiandad de toda la tierra. Iba a Jerusalén. Y a América. A ombligo del mundo y al Nuevo Mundo que la fe había de hacer surgir de entre corales.

A orillas del Atlántico, colgado sobre el mar y el infinito, el romero de la Edad Media dejó de preguntarles a las olas si no existían allá lejos tierra y hombres por cristianas. ¡Ultreya! El grito se convierte en racha para la vela, y un día el peregrino desembarca en las Indias a perder la vida en la selva oscura y a ganar almas para el Señor.

Eugenio MONTES



ITINERARIO ESPIRITUAL DE GALICIA

(Viene de la página 11)

como en la fuerte y señorial de D. Ramón María del Valle Inclán, señor en Galicia y clásico en España. Don Ramón supo inventar una Galicia prodigiosa, un poco bárbara y estilizada, en su literaria expresión, pero en lo hondo profundamente verdadera e igualmente distante del agarrismo sentimentalista como del resentimiento brutal y naturalista de la falsísima Galicia de Castelano; he ahí dos graves poros por donde puede fácilmente escapársenos lo mejor del espíritu gallego. Don Ramón representa la Galicia noble, imperiosa y llena de alta generosidad de los antiguos señores de la tierra que supieron darla y repartirla. Rosalía, la Galicia lírica, estelar y telúrica, no menos vigorosa que aquella y en nada incompatible con la misma. Su obra tiene por escenario los valles del Sar, Iria Flavia, la Galicia jacobea hecha de leyenda incorporada ya a la propia naturaleza; creemos que esa es la más pura Galicia, la más asistida de gracia, de la gracia que viene de lo alto. La Galicia señorial y parroquial amenaza ser suplantada por una turba demoburocrática de



truhanes, alguaciles, leguleyos, guardias civiles, indianos frustrados, que en buena parte se ha adueñado de la cabeza de partido, y la otra, la de la auténtica vena lírica, por vagas y decadentes corrientes de sensiblería de escasa calidad. El resentimiento y el sentimentalismo son, en efecto, dos peligros que acechan el alma gallega. Entre otros muchos, claro está. El espíritu de la mejor Galicia triunfa de ellos, los elimina y salva su hondo sentido de la tierra dentro de una vigorosa afirmación de la libertad y del espíritu. De ahí que una vez debelados los secretos del mar, el hombre de Finisterre se fué para el otro lado con su morriña y todo, y ya que no las descubrió, hizo las Américas. Mas quéde-se esto para otro capítulo.

SALVADOR LISARRAGUE

"Sólo existe una nación cuando tiene: un Jefe, un Ejército que la guarda y un pueblo que la asiste."—FRANCO.



HOTEL
CONTINENTAL
EL UNICO
DE PRIMER
ORDEN
VIGO

IMPRENTA
ROEL
VIGO
LITOGRAFIA

UNA GRAN EMPRESA AL SERVICIO DEL TURISMO

Todos los años por esta época, Vigo cambia radicalmente su aspecto de meses anteriores. La ciudad, fabril e industrial por excelencia, deja su túnica del trabajo para embellecerse con el ropaje de sus rías famosas y las galas de su tierra "meiga", sin abandonar por ello el ritmo de su laboriosidad. La "Compañía de Tranvías Eléctricos de Vigo" también participa activamente, y con un entusiasmo mayor cada año, en esta transformación y atracción para el forastero. En el año 40, con una visión perfecta de lo que debe ser este tipo de atracciones, inauguró en la playa de Samil el "Pabellón Orense", y este verano, su-

perando su obra anterior, y en lugar tan destacado como La Florida, en Balaidos, inaugurará otro Pabellón, que, dado las obras que en la actualidad se realizan para dar por terminada la instalación de su magnífico restaurante, bar americano y cuantos demás servicios corresponden a un pabellón de este género, será, con la magnífica "Playa de América", en la que conocidos industriales vigueses han puesto sus iniciativas y capacidad para lograr que este inigualable lugar de reposo constituya para todos los veraneantes la nota más destacada que presenta Vigo como ciudad de turismo en el verano de 1942.

LA MARQUESINA
Café, licores
especialidad
en exprés
Príncipe, 54. - Tel. 3056
VIGO

CARLOS A. VORKAUF
PRODUCTOS
FARMACEUTICOS
VIGO

De la Galicia nacional frente a la Galicia de los emigrantes

Por JUAN APARICIO

SIN emigración trasatlántica y ultramarina, la fecundidad demográfica de Galicia se desborda sobre el espacio peninsular interviniendo como un factor político para nuestra Historia presente y futura. La sobrepoblada gente de Galicia congestiona todos los caminos y todos los vehículos gallegos, que ya no conducen hacia el mar, proyectándose interiormente hasta las provincias españolas más remotas. Hay una nueva política nacional en contraposición de la política peyorativa de los "gallegos" en Buenos Aires o en Madrid, cuando ir a América era más fácil que traspasar el puerto de las Portillas. Sin embargo, se venía a Madrid para ser mozo de cuerda o Presidente del Consejo de Ministros, y se iba a la República Argentina para que la Hispanidad fuese una sangre real y cierta.

Galicia emigraba entonces, como se cumple un sacrificio, ausentándose de la España menor, para servir a la manera de un soporte espiritual y fisiológico a la máxima España, que hay tras las rutas del Océano. Entonces Galicia en sí se desentendía insolidariamente de la vida pública de nuestro Estado; porque nada grande le importaba y estremecía más allá de sus fronteras medievales. ¿Cuáles gallegos fueron protagonistas de la creación histórica española, después de que los Reyes Católicos les impusieron unidad y disciplina.

Mientras tanto se había descubierto América y la casta sueva se nos evadía entre la defensa del Imperio, como un marqués de Condomar—auténtico diplomata galaico en Londres—o como un marqués de Bradomin—el héroe fictivo, embajador de la lascivia y de la socarronería, de Valle-Inclán—en Italia o en Méjico... O bien era el menudo despotismo de la gaita, de la muñeira, del pazo y del foro. O sea, Galicia se entregaba a una política americana, cuando no pudo ser la europea, de magnitudes; entretanto que su política española era minifundista, comarcal y aldeana. Así nacieron los caciques gallegos en torno a la parroquia y a las sempiternas reivindicaciones foreras, cuya repercusión en España es la dinastía de prohombres monárquicos y republicanos que, desde el melancólico y romántico D. Nicomedes Pastor Díaz, llegan al truhán y embaucador Manuel Portela Valladares.



Si se examina biográficamente la contextura de los ministerios españoles durante la Restauración, la Regencia y el reinado de Don Alfonso XIII, o dentro de los Gabinetes de la última República, hay siempre en cada sistema o situación un personaje gallego, escéptico y ladino, como si fuese un segundón de la gran estirpe de su tierra nostálgica, ofreciéndonos con su presencia marrullera el revés de las virtudes de un pueblo tenaz de expatriados y emigrantes. Acaso sea una exageración esta perspectiva para ver a las aldeas gallegas despobladas de sus mozos audaces allende el Atlántico, y de aguadores, serenos,

esportilleros y ministros de la Corona en Madrid y en Lisboa; pero con una común morriña por los hórreos, por el maíz, por las romerías y las campanas de Santiago de Compostela, achicando tanto el ambiente que D. Gabino Bugallal, D. Eugenio Montero Ríos o D. Augusto González Besada prefirieron ser fieles a los usos y abusos municipales de sus feudos galaicos, que a la tarea más ideal y constructora de crear simplemente en España. Por otra parte, el separatismo de los gallegos fué la locura irreflexiva de algunos de los mismos emigrantes, que, habiendo mantenido la perpetuidad de nuestra raza en Ultramar, se sentían también enlazados con lo más minúsculo y anecdótico de sus aldeas. Por ejemplo: el "Correo de Galicia", de Buenos Aires, publica la más lugareña crónica de todas las menudencias y vicisitudes de las parroquias gallegas, como si no existiese para el emigrante otra nación que la reducida a Bande, a la ría de Arosa o a Mondoñedo. Pese a tal estrechez, que se contradice con la labor raceadora e inconscientemente misionera de tales indianos, son de esas tres localidades geográficas tres españoles de una apetencia tan universal como Eugenio Montes, como Alvaro Cunqueiro o como el mismo Julio Camba, quien nos ha con-

tado las peripecias de una rana viajera o las aventuras trashumantes de una peseta.

Frente a aquella ignorancia de nuestra comunidad total que simbolizó garbancosamente el humorismo pesadista de D. Luis Taboada, hubo un hecho histórico que tenía que mover los cimientos de esta antítesis nacional, para producir la síntesis de una política nueva. Hubo un 98 en la isla de Cuba y unas vías marítimas como consecuencia que se anquilosan y desaparecen. Perdido el Imperio, y hundidos nuestros barcos de madera, la Escuadra de España no necesitaba demasiados futuros almirantes, como tampoco sería menester luego más tarde la mocedad galaica en todas las faenas del Nuevo Continente. Era el momento psicológico para que la Galicia lacrimosa de Rosalía de Castro, o la amanerada por doña Emilia Pardo Bazán, se derramase encima de toda la Península. Yo he oído relatar con su voz melódica el espanto de un legionario de la cuarta Bandera, cuando tuvo que desprenderse de la lluvia natal, de la borona y de la afrosiática ruralidad de su villorrio, antes de subirse al tren rumbo a Castilla... Pero junto a León, confesaba el soldado del Tercio, había visto tantos y tantísimos gallegos, y después en Valladolid, y en Avila, y en Talavera de la Reina, y en Sevilla, que ya no padeció más pavor, escrúpulo ni sobresalto; porque algo muy íntimo le decía que España era para el ímpetu y la tenacidad gallega una cosa bastante distinta a otra tentación y a otro paisaje, sino como una empresa, como una hazaña para su exaltación y su triunfo.

Desde que por culpa y providencia del 98, D. Francisco Fra. Bahamonde no pudo ser marino, para ser más adelante Caudillo de España, hay una posibilidad permanente de Galicia para su expansión nacional y término de la antigua dispersión ecuménica y localista producida por sus emigrantes. Toda la sangre de Galicia entra en el raudal circulatorio de nuestra Patria sin extraviarse ni un pequeño latido. Ya hay gallegos que son ex combatientes en Valencia, en Vizcaya y en Barcelona, hundiendo su pisada de zueco o almadreña en las fuerzas centrífugas de esas tierras peninsulares e impregnando a las almas reconquistadas militarmente para la Patria con estos tres dones tan característicos de cualquier gallego, como son la paciencia, la fantasía y el tesón.

Avelino Serrano Marina

PROVEEDOR DE LOS EJERCITOS
— DE TIERRA, MAR Y AIRE —



Fábrica de lonas y toldos impermeables :: Banderas y velámenes :: Tiendas de campaña :: Encerados de escotilla :: Casetas y sombrillas de playa y jardín
Trajes para aguas :: Fundas de bote :: Toldos para ferrocarriles, camiones, puertos y tiendas

Construcción de velas para buques de carga, recreo y regatas

Teléf. 1062. Luis Taboada, 3
Dirección telegráfica
SERRAMARINA

VIGO

Tintorerías "Colón"

TENIDOS PERFECTOS
GARANTIZADOS

PIELES, TRAJES,
CUEROS, GUANTES,
BOISOS
LIMPIEZA EN SECO
UNICAMENTE

Tintorerías "COLON"

Central: Colón, número 20

Sucursales:

Ciudad: Príncipe, 19
Pontevedra: Peregrina, 32
Marín.
Rivadavia (Mirelles Caula)

BICICLETAS
ESPECIALES

GARAJE

HUERTAS

Inmenso surtido en bicicletas de todas medidas, precios y marcas.

ALQUILER DE BICICLETAS

Marqués de Valladares, 53

VIGO

Siete notas sobre Galicia

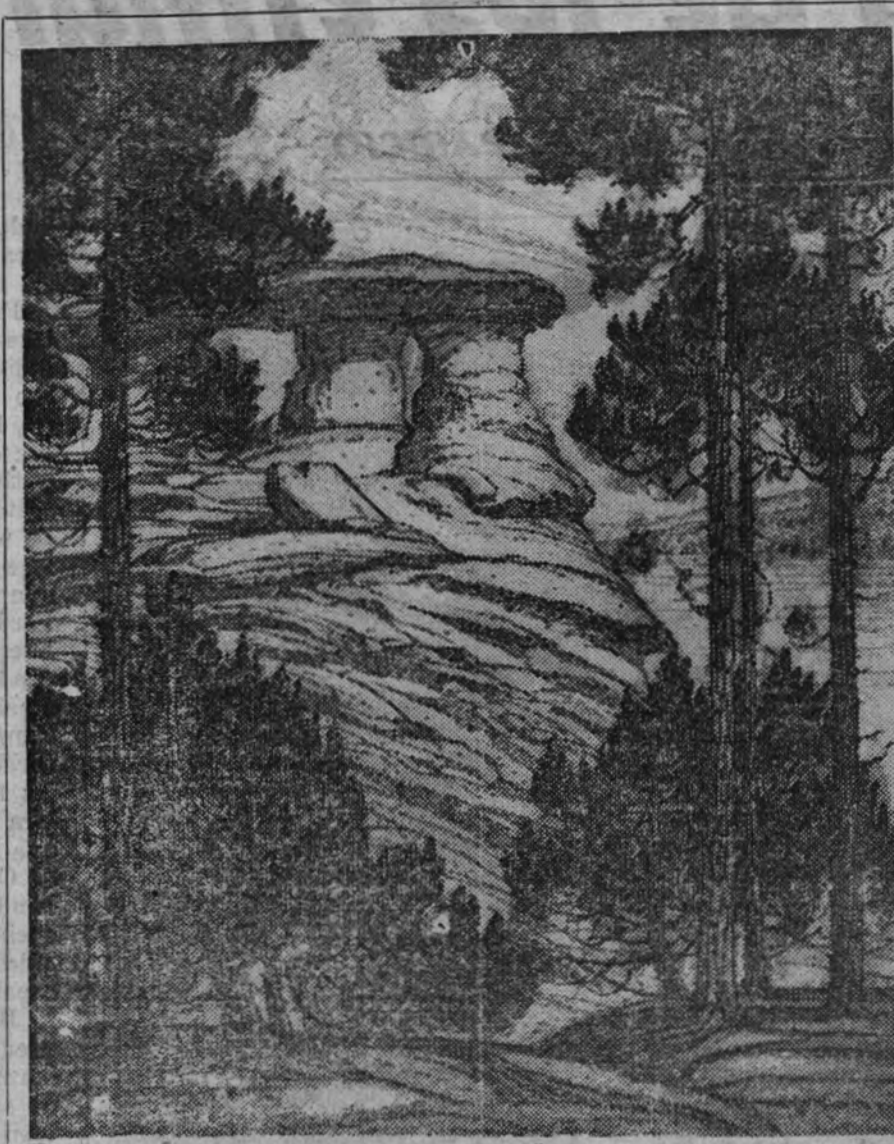
Por GONZALO TORRENTE BALLESTER

1. Como tierra por donde se dice que pasaron celtas—lo que haya de cierto en esto, al historiador, no al periodista, incumbe—de vez en cuando—muy de vez en cuando—entre la casi tropical vegetación, la masa de un dolmen perfilado contra el cielo emerge envuelta en el misterio; y en torno a ella, la imaginación popular puebla de leyendas los lugares campesinos. Leyendas que son tantas y tan variadas, que su sola referencia consumiría el poco espacio de que disponemos. Pero algunas hay tan antiguas y hermosas que no es posible dejar de referirlas. Por ejemplo: aquella que supone partiendo de la ría betancera, una madrugada tierna de color, a los hijos de Breogán, rey famoso y poderoso, que en barca de piedra envía a su prole lejos de Galicia, siempre al Norte, en busca de la isla verde y maravillosa, que por Eirín o Ireland es conocida. Fueron aquéllos, llamados Dedanians o cosa así, los primeros emigrantes gallegos de que se tiene noticia. Y como a buenos emigrantes gallegos, no les fué del todo mal en sus expediciones; pues sabido es—todos los O'Brien, O'Donnell y O'Hara lo cuentan—que, llegados a Irlanda, quisieron la tierra para sí, contra los legítimos derechos de los aborígenes, y se armó la correspondiente guerra, que nunca se decidía, hasta que al fin un sacerdote, en secreta inteligencia con los invasores, propuso arreglar las diferencias proponiendo partición equitativa de las tierras; y aceptada por ambas partes, designó, con parcialidad notoriamente injusta, la de encima para los emigrantes y la de abajo—es decir, el reino subterráneo—para los aborígenes; quienes, comprometidos por su palabra, no tuvieron más remedio que aceptar, y son desde entonces los "hombres pequeños" que todo buen irlandés ama, aunque no sea más que por la amabilidad con que los "gnomos", descendientes de aquéllos, labran sus tierras en nocturnas jornadas.

2. Después, los celtas pelearon con los romanos, y los romanos pudieron más, y no dejaron de celtizar sobre la tierra más que algunos rostros angulosos, anchos de pómulos; el amor a la gaita y la costumbre del "aturuxo", especie de grito guerrero que el gallego lanza antes de combatir, como lo lanzan sus lejanos hermanos los "highlanders", tocadores también de cornamusa.

De la lengua no quedó nada. Del espíritu, un vago romanticismo, y el mal de la morriña, rigurosamente hereditario e incurable. Quizá también ese afán que el gallego tiene de andar huyendo de tierra en tierra, para mejor añorar la suya; hasta constituir la más melancólica y andariega entre las razas.

En cambio, del romano nos quedó todo. Nos quedó la lengua, latina en su estructura y en el origen de sus conceptos; y las fuertes



Lombel G.

Castro-Gil.

murallas de Lugo—Lucus Augusta—, y los castros, y algún que otro semidiós. Dicen también que hubo griegos en estas costas, y algunos historiadores se empeñan en identificar las Islas Cies, que cierran la ría de Vigo, con las famosas Casitérides; pero eso, vaya usted a saberlo. Del paso helénico por las riberas, quedarían algunos noventa y tres el Pindo o el Ío—y algunas columnas yacentes en el fondo de los ríos. No figuran en las guías de turismo por que no hay modo de verlas. A lo mejor son fantasía.

3. Cuando llegó Santiago, la cosa no estaba del todo clara. ¿Quién fué y a qué raza perteneció la reina Lupa, milagrosamente conversa y primera camarista de la Archiconradia del Apóstol? ¿Estaba su reino, efectivamente, por el monte Sacro, o no estaba en ninguna parte? Que nosotros no nos inclinemos a creerlos no significa nada. Lo creemos porque es muy bonito, y todo el mundo debe creerlo por idéntica razón. Las viejas campesinas lo creen, y ellas saben lo que hacen. Es el caso que Jacobo llegó, de cuerpo presente, a la antigua Iria Flavia, traído por sus discípulos, y fué enterrado donde hoy se asienta Compostela; y gracias a su viaje marítimo y póstumo, fué Galicia de las tierras ilustres en la Cristiandad.

Lo demás es conocido. Se descubrió el sepulcro, se fundó la ciudad, y Sant-Iago se portó bien con los españoles, ganándose batallas y atrayendo peregrinos. Pero cuando esto sucedía ya Galicia era una tierra románica y católica, rica en monasterios que civilizaron a los ásperos celtas subsistentes y plantaron con gran cuidado pinares, robledas y carballeiras. El destino

agrícola y marinero de esta tierra estaba determinado y nunca se apartó de él, y quiera Dios que jamás se aparte del todo.

4. La historia medieval es una linda historia de revoltijos, poemas y peregrinaciones. Imperialista cien por cien, el arzobispo Gelmírez fué el cacique más grande y más antiguo en esta tierra donde más tarde los caciques habían de aparecer por generación espontánea. Hizo una escuadra para defensa de normandos, favoreció a los monasterios, convirtió a la ciudad en gran ciudad cosmopolita—el meridiano de Europa pasaba entonces por Compostela—y dió muchísimo que hacer a los Reyes y a los papas. En un tris estuvo—se dice—de alzarse con el santo y la limosna y armar la gorda creando un cisma en las tierras de Occidente. Pero lo mimaron cuanto fué necesario para que aquello no sucediese. Eran los tiempos de Doña Urraca, de Don Alfonso y de los condes de Traba. La catedral compostelana alzaba al cielo sus fábricas románicas, y a su costado, el arzobispo mandaba edificar la sala de los banquetes. Si no se entendió bien con los burgueses compostelanos y tuvo que escaparseles mientras offendía a Doña Urraca desnuda, él no tuvo la culpa. ¿Quién sabrá nunca lo que pasó de verdad en aquellos tiempos forales y feudales?

Gracias a él, Santiago fué archidiócesis, tuvo una catedral hermosa y fué el ejemplo arquitectónico de toda la región. El admirable Mateo, año más tarde, esculpió en piedra perenne su visión de la gloria, y en lo más alto, el último Señor, verdaderamente majestuoso de la iconografía occidental. Su influen-

cia llegó hasta muy lejos, y aun hoy es de los pocos conjuntos grandiosos que vale la pena contemplar. El pueblo canonizó al escultor llamándole el "Santo de los croques" a su retrato, y su culto extralitérgico se continúa, ya que a su cabeza pétrea confían los estudiantes el éxito en sus intelectuales empresas.

5. En la Edad Media románica y gótica, Galicia participó como cualquiera en la Reconquista peninsular. Sus linajes se asentaron en tierras alejadas, y varones tan ilustres como el Gran Capitán tuvieron su raíz remota en los campos gallegos. Hubo poetas a dar con un pie, señores feudales de todas clases, singularmente de los malos; y navegantes, viajeros y revolucionarios. En el siglo XV esto era un maremágnum, y si los Reyes Católicos no hubieran metido mano eficazmente, cortando algunas cabezas y derribando castillos, Dios sabe lo que aquí hubiera pasado. Por los Reyes Católicos, Galicia fué para siempre española.

Digamos la verdad: lo fué un poco oscuramente. Poco participó en la gran empresa imperial del siglo XVI. Ni conquistadores americanos ni grandes capitanes fueron gallegos. Si acaso algún que otro navegante, como Sarmiento de Gamboa, o algún que otro poeta, pero trasplantado a Granada. Quedaba brío nacional, pero apagado, y sólo despertado cuando la audacia inglesa offendía directamente nuestras tierras, como en el ataque a La Coruña, que defendió María Pita. Pero los grandes ingenios literarios hacían chistes a costa del imperfecto castellano que hablaban los gallegos, y siendo, como somos, tímidos y susceptibles, era natural el retraimiento.

Fué, sin embargo, el siglo XVII y en parte el XVIII, una gran época gallega, no bien estudiada. Quien recorre nuestros campos y ciudades y contempla los estupendos monasterios en este tiempo construidos—ya ciudadanos, como San Martín Pinario de Compostela; ya campesinos, como el de Monfero o el de Sobrado de los Monjes; si antiguos en la fundación, modernos en la reconstrucción—, quien medita a la vista de los pazos, casi todos ellos del siglo XVII o del XVIII, necesariamente ha de concluir en la existencia de una rica vida ciudadana y de una más rica vida campesina en que la nobleza, instalada en sus palacios, ejemplifica y dirige la vida rural, impulsa la riqueza y mantiene la vida de la cultura. Al siglo XVIII gallego se debe el palacio de Rajoy, trazado y construido por un lucense, como se debe el arsenal de Ferrol, de cuya solidez y buena fama no es necesario hablar, por conocida.

El siglo XVIII, con el renacimiento naval impulsado por los Borbones, da a los gallegos ocasión de participar más directamente en la His-

(Continúa en la página 14)

VISITEN EL
HOTEL MODERNO
VIGO

El mejor situado
el más confortable
HOTEL MODERNO
VIGO

DE LAS CANCIONES Y DE OTRAS COSAS MEMORABLES DE GALICIA

Por PEDRO MOURLANE MICHELENA

EN enero de 1936, por los Santos Reyes se nos va al otro lado del mundo D. Ramón María del Valle-Inclán. Allá en parroquias de la ría de Arosa, el Dies Irae, la secuencia del pavor retuerce sus llamas de ébano junto a la "verde senectud", ya rígida, del condestable de las letras. Rocíos del más allá mojan la barba plúrima que es ya de piedra y hoy de eremita, si ayer de libertino. "¡Solvat seclum in favilla!", y aquí nosotros, en ese enero de Madrid en que se palpa el presagio escribimos sobre D. Ramón y las estirpes galaicas. Hemos visto por vez última al escritor en uno de sus regresos de Roma. Nos traía como siempre imaginación a un gran zoco que se cuarteaba de puro seco. ¡1935! Seco también, sin los humores de climas civilizados, ¡1935!, se nos queda aquí el pensamiento político: se nos torna bereber y luego se nos agita entre arideces de estepa. Pocos aún osamos revelar que oír a nuestros oradores es oír un tantán rifeño que embota hasta el oído. Valle-Inclán, de pronto, en este paisaje era una vena de agua que se sorbía golosamente. Era en estío, y la sed que agosta aquí y resquebraja las piedras bebía el relato de Valle-Inclán, que era imaginación de la que si nos asiste, nos hace cortar las rosas más frescas en el páramo. Quien no la posee es un desvalido, y ¡ay de él! si no la pide como limosna en el atrio de la basilica. A pocos hombres se les dió ese bien tan esparcidamente como a Valle-Inclán, gran gallego ante el Altísimo.

¡1935! Con la mano en la barba que le cae al pecho, nuestro amigo nos dice: "Hay que hacer el auto sacramental para títeres de palo, como también el retablillo de marionetas para la educación de príncipes. Galicia, la románica, cien años y pico antes y cien y pico después, del de los cuatro unos—gran sortilegio, 1111—, que es el de la coronación de Alfonso VII en Compostela, da personajes únicos. Don Payo Gómez de Sotomayor, por ejemplo, fué embajador de Enrique III cerca del Gran Tanorlan. Estuvo en la batalla en que el tártaro hizo morder el polvo al sultán Bayaeto. Asistió en el Palacio de Samarcanda al festín de los dos meses y trajo a Galicia para D. Enrique, no dos yeguas encinta del viento, sino dos princesas con su rey de armas y sus rollos de pergaminos, D.^a Angelina de Grecia, que casó con un Contreras, y D.^a María. Antes

de poner en manos del monarca esta criatura, a la que imagino macerada en bálsamos como a la "adolescência speciosa" del libro de Esther, la amó rendidamente. Un Montenegro hubiese hecho lo mismo, y doy fe en mi propia sangre. Usted, aunque vasco, no es tan enjuto como parece, y sabe comprender. D. Lope García de Salazar, vasco también, de Somorrostro, tuvo, si usted no me rectifica, ciento cuarenta y dos bastardos. Un Salazar que es vasco lleva la cuenta, un Sotomayor, o un Montenegro, o un Andrade, o un Mariños de Lobeiro, o un Pazos de Probén, o un Acuña, que son gallegos, nó... ¿Conoce usted la canción "En la fonte de Xodar, vi a la niña de ojos bellos"? ¿Sí? Pues nació entonces, y aunque el raptor, ante el vendaval de

que es el hontanar pristino del habla de los trovadores:

"Cantos sabedes amar amigos
vinde connigo ao mar de Vigo
e bañoremonos nas ondas."

"Los Cancioneros" a que Valle-Inclán aludía principalmente son los tres monumentales: el de Ajuda, el de la Biblioteca Vaticana y el de Colucci Brancuti. Carlos Stuard da a la estampa, en París, en 1823, el primero, que es el llamado de Ajuda. La edición es deficiente, y años después es mejorada en otra por un erudito del Brasil, a quien la diplomacia más quita que da el ocio noble, por Adolfo F. de Varnhagen. Hasta 1904 no sale a correr su suerte la edición de Halle que es la de D.^a Carolina Michaelis de Vas-

provenzal que portuguesamente, los sesos, y la de José Joaquín Núñez, que es la coimbricense de 1926-1928. Las canciones de este "Cancionero" son mil doscientas cinco, y de muchas de ellas, no cansadas de volar sobre las fronteras y sobre las edades, hay que decir: "Más vale un pájaro de éstos volando que ciento de los otros en la mano."

El tercer "Cancionero" es hallazgo de Constantino Corvisieri, en la Biblioteca del conde Pablo Brancuti di Cagli, que perteneció en el siglo XVI al humanista Angelo Colucci. Fué publicado por Molleni, en Halle, en 1830, y el original se guarda en la Biblioteca Nacional de Lisboa. En los tres "Cancioneros" están las canciones más antiguas del idioma galaicoportugués, como la de Payo Suárez de Paveiros, que es de 1189, y otras no tan viejas, aunque viejitas, como las de Alfonso Eanes Coutin, que amorriñan la saudade, y las de Pedro da Ponte, que aguarda a la resurrección en el cementerio de Noya, arrullado por aquel su estribillo:

"E logo durmeria eu
se eu pudeses coita dar
a quen sempre coita me deu."

De estos tres "Cancioneros" hay que partir para estudiar los demás, que son casi siempre accesibles; de los tres y de "Las Cantigas", naturalmente, que es el "Cancionero mariano" escrito por Alfonso X, entre 1257, fecha en que fué elegido emperador de Alemania, y 1283, en que va a fletar su sepulcro para que surque el piélago de sombra hacia la eterna luz. La canción del camino será esta vez amarga como el elébora

Quen da guerra levou cabaleiros
e a sua terra foi guardar diñeiros
non ven ao maio.

Quen da guerra se foicon maldade
e en sua terra foi comprar herdade
non ven ao maio.

Pero la amargura pasa, y "Las Cantigas" quedan. Acierta Otero Pedrayo, al recordar en su "Ensayo histórico sobre la cultura gallega", que la Edad Media canta con mil voces a la Virgen, y para cantar mejor pasa el latín por crisoles de oro: Sí: Desde Notker y Godeschalk, el "Ave preclara Maris Stella" y la "Salve", las letanías del "De laudibus Vir-

(Pasa a la página 14)



ira del rey, se fué a Francia dejando a D.^a María en Cambados, tuvo que volver a casarse. Es aquí, en este episodio, donde el teatro de marionetas empieza a ser para educación de príncipes. Y, en fin, se hizo la boda, y en el escudo de los Sotomayores hay cuarteles reales de Hungría.

—¿Quién es para usted, D. Ramón —le preguntamos—, el gallego más genuino de todos los tiempos? ¿Gelmírez, el almirante Gómez, Chariño, Sánchez el escéptico, Feijóo, Rosalía?

—El más gallego no sé— responde Valle-Inclán—; lo más galaico, "Los Cancioneros"...

Compartimos este parecer, aunque amemos la obra de Gelmírez—obra política, pero sobre todo con otra reverencia que la obra poética de Rosalía y la de sus antecesores, hasta Martín Codax,

concellos, en dos tomos: el del texto con notas y el de disertaciones que los estudiantes de hoy consultan. Doscientas sesenta y cuatro son las canciones de este "Cancionero", y las hemos leído hace meses junto al mar de Amadís, que es el gallego, y no otro que el del Pirineo euskaldún donde escribimos un día: "Hija de la costa era y en el horizonte se ha perdido. Del adiós de su pañuelo saliste, ¡oh gaviota!"

El segundo "Cancionero", hallado por Wolf, vió la luz gracias al vizconde Carreira, embajador de Portugal, que lo copió, y a López de Moira, que lo dió a las prensas en París, en 1847. Tres ediciones sucesivas conocemos, la de Ernesto Monaci, maestro de lenguas romances, que data de 1875; la de Teófilo Braga, a quien con el sol del Finisterre, con ser sol mojado en bruma, le hervían, más



EN noviembre de 1937, razones completamente ajenas a la organización del turismo me obligaron a realizar un viaje desde Burgos y San Sebastián a La Coruña, con escalas en las principales ciudades del trayecto. Era un otoño tibio, de clara luz opalescente. La tierra, harta de lluvia, rezumaba agua por las vertientes, y helechos y árboles presentaban frescas y bien lavadas sus hojas; ya próximas a caer. La paz del ambiente en las proximidades de la capital guipuzcoana, la apacible belleza del paisaje rural y norteno contrastaban gratamente con el recuerdo de las heridas recién abiertas en los pueblos y ciudades de la zona de guerra que había dejado poco antes de emprender el viaje.

Escaso tiempo duró el contraste. Pronto surgieron en el panorama aspectos bélicos, propios de un frente de batalla donde el desarrollo de los acontecimientos había mantenido tensa la atención del mundo durante meses, recién coronados por el triunfo de las armas nacionales. Las pruebas del desmoronamiento rojo eran visibles y elocuentes, tanto como las huellas de una destrucción vandálica, perpetrada por el enemigo en su despecho al huir. A veces, las voladuras de puentes imponían rodeos que alargaban el viaje, pero en la mayoría de los casos la admirable labor de nuestros ingenieros militares había reparado el destrozo con rapidez maravillosa. En Bilbao se trabajaba febrilmente para volver a la eficacia de la normalidad.

Conforme avanzaba en mi ruta aumentaba la belleza del paisaje. Un panorama espléndido se divisaba desde las alturas que dominan el mar al salir de las provincias vascongadas, con un negro nubarrón que en el horizonte descargaba agua dulce sobre el agua salada, mientras en el camino y en el monte lucía el sol. En las cercanías de Santander, nuevos vestigios del rápido avance: trincheras abandonadas, confusión que cede al orden, una ciudad que llora a sus muertos, despeñados en Cabo Mayor. De nuevo la montaña y el bosque, el valle surcado por el río, borran la visión de la tragedia y subyugan al viajero con su encanto. No se acierta a comprender cómo nuestras tropas han llegado a penetrar este angosto desfiladero, a coronar aquellas cumbres abruptas, a desalojar

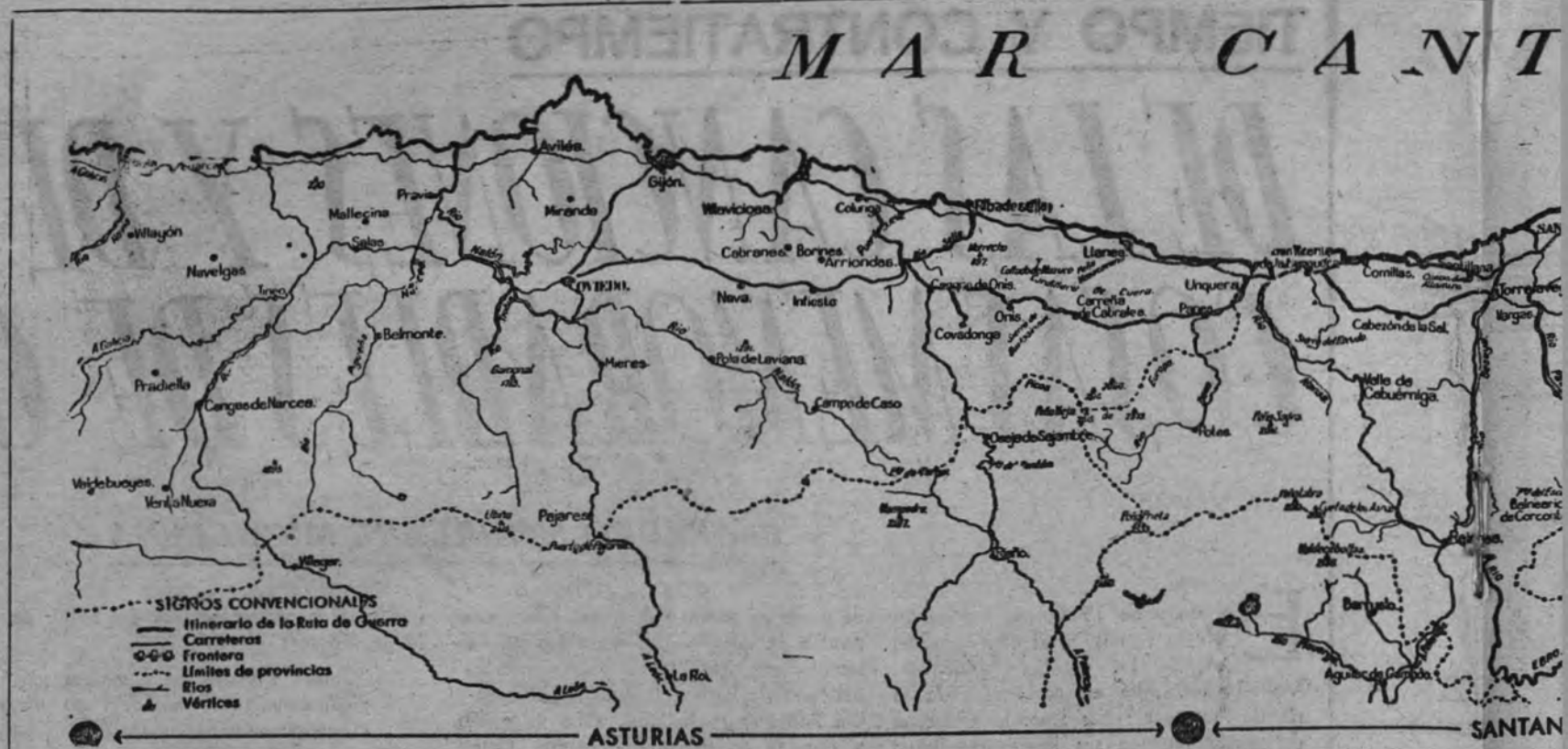
al adversario, hecho fuerte en nidos de águilas. Más trincheras vacías, más pueblos destruidos, más y más puentes volados. El Santuario de Covadonga, ayer centro de peregrinaciones y plegarias, hoy teatro de desolación y saqueo. Cuando nos detenemos en el mirador del Fito, en lo más alto de Puerto Sueve, sentimos emociones muy diversas: admiración hacia las brigadas de Navarra que coronaron estas alturas en épico empuje, y asombro ante este impresionante paisaje español, espléndido en el clarísimo día, con el mar brillando al Norte y los Picos de Europa cubiertos de nieve al Mediodía, y entre ellos las cadenas de montañas surcadas por verdes, profundos y frondosísimos valles.

Aquella vez entré en Oviedo por Gijón. Una y otra capital estaban recién liberadas. En la segunda, los muros calcinados del Cuartel de Simancas aportaban su mudo y tremendo testimonio al relato que oí de una de las páginas más heroicas de nuestra guerra. En Oviedo, barrios enteros destruidos por la metralla y la di-

namita atestiguaban también a qué extremo llegara la resistencia de los defensores. España, que ya había dado al mundo la lección del Alcázar, volvía a despertar su asombro y admiración con la epopeya de Simancas y la defensa de Oviedo. Quedaron atrás Trubia y Grado. A partir de entonces, la ruta a La Coruña fué un camino sonriente y de paz. Ciertamente hasta Luarca y aun hasta cerca de Ribadeo habían llegado los rojos en los primeros días de la guerra, pero la defensa de la capital de Asturias y el empuje de las columnas gallegas les hizo replegarse rápidamente, y por ello, un gran sector del territorio asturiano y todo el trayecto comprendido dentro de las provincias gallegas daban una deliciosa impresión de paz, quizá inigualada entonces en cualquier otro trozo de nuestro territorio. Aquí no había habido guerra, ni la habría. Esto ya era un seguro prentimiento del triunfo.

Ocho meses después de este viaje empezó a funcionar en España, completa hasta en sus últimos detalles, una organización desconocida hasta entonces en país alguno, y que recibió en el nuestro el nombre de "Rutas Nacionales de Guerra". Porque atravesaba precisamente la región que acabamos de describir, la primera de estas rutas fué conocida como "Ruta del Norte". Se inauguró el 1.º de julio de 1938 con una dotación de veinte magníficos autocares de 33 asientos cada uno, un Cuerpo de guías-intérpretes que vestían el uniforme de F. E. T. y de las J. O. N. S. y cuyos componentes hablaban dos o tres idiomas además del español, habiendo empezado todos a prestar servicio perfectamente impuestos de los detalles del recorrido, de más de mil kilómetros, en lo que respecta a poblaciones, arte, monumentos, folklore, características geográficas y, sobre todo, hechos de guerra acaecidos durante las batallas libradas meses antes. La organización contaba, además, con un servicio de competisimos conductores, estando previsto el suministro de carburantes, repuestos, atención a posibles averías en ruta, etc. Ajustábanse las excursiones a un itinerario complejo, estudiado de manera que no coincidieran nunca en los viajes de ida o de regreso dos autocares en una misma localidad, por ser escasos los alojamientos de que se disponía a la sazón en alguna de ellas, estando minuciosamente planeado no sólo los horarios, sino

la distribución de habitaciones a los viajeros, el reparto en las mismas de sus respectivos equipajes y las visitas o los lugares de guerra, monumentos y sitios de interés de las principales poblaciones. Conviene anotar que todo esto empezó a funcionar después de un período dedicado a la propaganda, en el que se tiraron y repartieron en numerosos países lujosos folletos impresos en seis idiomas, montándose en la principales naciones europeas y americanas el correspondiente servicio de billeteaje para el recorrido y su cobro en divisas, servicio apoyado, para su mayor eficacia, en instituciones bancarias y Agencias de Viajes. Como detalle curioso diremos que la organización total de las Rutas Nacionales de Guerra se planeó y realizó en muy poco más de tres meses, comen-



La ruta de

Por LUIS A. BO.



Santillana del Mar. La Colegiata



Playa de Puente de Uña (C)



del norte

A. BOL

zando a actuar en la fecha precisa que desde un principio se había fijado para su inauguración. Los veinte autocares, encargados en la primera quincena de mayo, fueron desembarcados en Bilbao el 26 de junio.

Era la primera vez que un país en guerra, y en guerra civil, por añadidura, establecía un servicio de esta naturaleza; la primera vez que circunstancias anormales y extraordinarias coincidían con las condiciones de seguridad precisas para invitar a propios y extraños a recorrer una larga ruta, que en un solo sentido se extendía sobre un itinerario de algo de más de mil kilómetros: Irún, San Sebastián, Zarauz, Bilbao, Laredo, Santander, Santillana del Mar, Covadonga, Gijón, Oviedo, Lugo, Santiago, Vigo, Tuy. Escasas eran las for-

malidades y documentación exigida para el viaje por las autoridades españolas, y grandes, en cambio, las facilidades dadas a cuantos deseaban participar en él. La España nacional sabía sobradamente hasta qué punto podía contar con la lealtad de la retaguardia, y sabía también que en todo ese largo recorrido no había nada que ocultar y que sólo provecho obtendría de su decisión de mostrar la verdad.

Las primeras salidas de los autobuses se verificaron con escasa concurrencia. Creo que un solo viajero asistió al recorrido inaugural, y no pasarían de tres los que tomaron parte en el segundo. A los quince días no faltó quien se inclinara a la idea de abandonar el proyecto, considerándolo fracasado. Un mes más tarde la situación había cambiado por completo. Los autocares ya circulaban llenos o casi llenos, y antes de que cumplieran dos meses de servicio fué preciso destinar siete a una misma expedición, compuesta de más de doscientos excursionistas que, por cierto, no se contentaron con el itinerario inicial de la Ruta del Norte, siendo preciso extenderlo desde Vigo a Orense, Zamora y Salamanca, para ir desde allí al Santuario de la Peña de Francia y regresar a la frontera por Valladolid, Burgos y Vitoria. Los componentes de esta expedición eran extranjeros en su totalidad, como lo habían sido no pocos de sus precursores, y muchos de ellos eran, además, escritores, conferenciantes y predicadores, que al regresar a sus respectivos países relataron ante un mundo incrédulo la verdad de la España de Franco.

Los rojos acusaron el golpe y extremaron las acciones para combatir fuera de nuestro país. El éxito creciente de la Ruta. Yo mismo he tenido en la mano pruebas de sus esfuerzos en este sentido y de las preocupaciones que los motivaron. Pero las Rutas Nacionales de Guerra siguieron funcionando hasta el fin, ampliando su itinerario a tierras de Andalucía, en las que recorrieron poblaciones situadas a escasos kilómetros del frente de batalla. Una interesante modalidad de estos viajes surgió de manera espontánea, adquiriendo pronto gran fuerza por su íntima relación con los ideales del Movimiento. Me refiero a las peregrinaciones a nuestros principales Santuarios: a Santiago de Compostela en primer término, y también al Pilar, a la Patria de Santa Teresa, a la ya citada Peña de Francia, a Covadonga y Loyola. El

período de la postguerra futura verá seguramente resurgir estos viajes piadosos, que tan firme raigambre tienen en nuestras tradiciones religiosas y turísticas; hasta el punto de que cabe afirmar que el camino de Santiago fué la primera manifestación del desarrollo del turismo en España.

La Ruta del Norte, no, por fortuna, como ruta de guerra, sino como viaje delicioso e instructivo, volverá a surgir también cuando abunde la gasolina, y más concretamente en lo que a los extranjeros se refiere, cuando termine el conflicto mundial. Cuenta ya la Ruta con carreteras magníficas, que seguramente serán mejoradas una vez que termine la guerra, de igual modo que habrán de ser superados los actuales servicios de transporte de viajeros mediante el establecimiento de líneas especiales de turismo a lo largo de aquellas costas. El ferrocarril sirve y servirá princi-

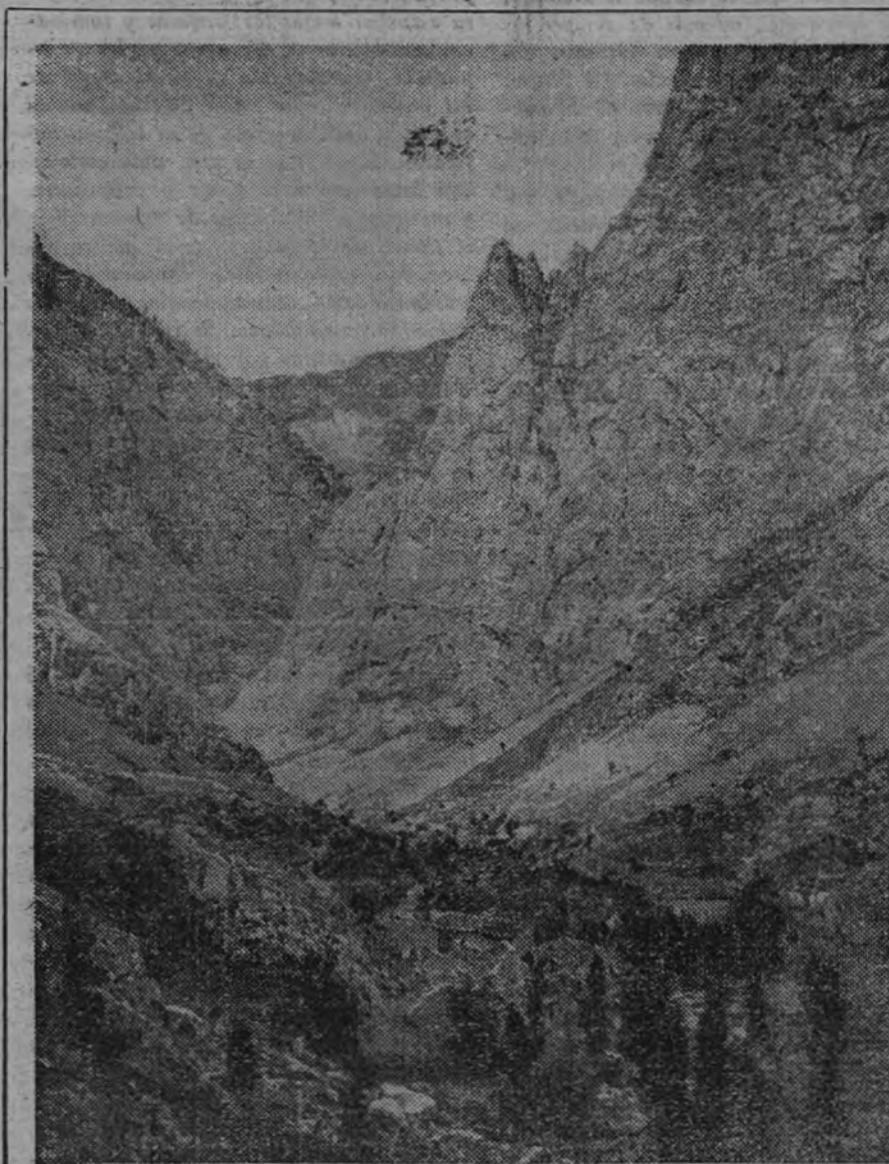
palmente, aun después de completarse el trozo Oviedo-Ferrol del Caudillo, para llevar viajeros a las costas del Norte y Noroeste por medio de servicios radiales, que terminarán en sus poblaciones más importantes, partiendo del centro de la Península. Pero la carretera será siempre el medio ideal para el conocimiento de esta región maravillosa, en la que la Naturaleza desempeña el papel de protagonista. Los autocares de la Ruta del Norte han sido los precursores de una intensa corriente de turismo por vías que en el norte de España van paralelas a los valles y al mar, y que empiezan y terminan en dos de nuestras fronteras principales.

Entonces conocerá la región gallega y cantábrica, la más próxima de nuestro territorio a la América del Centro y del Norte, y también, por la vía marítima, a los países del norte de Europa, la prosperidad que sigue al desarrollo del turismo. El momento actual puede y debe aprovecharse para estudiar y llevar a cabo proyectos encaminados a resolver la falta de alojamiento en la región objeto de estas líneas. La reciente creación en España del Servicio de Crédito Hotelero, capaz de funcionar con gran eficacia y de prestar a la iniciativa privada ayuda material y técnica del Estado, representa una base positiva para la ejecución y éxito de esos proyectos, susceptibles de convertir Galicia y Cantabria en una región ideal para largas y gratísimas estancias.

España posee en el litoral que se extiende desde el Bidasoa al Miño una zona de belleza no superada por ninguna otra existente en Europa, lo mismo en las costas de blancas playas pobladas de pinos hasta la orilla del mar, que en la montaña frondosa y en los altos picos coronados de nieve hasta el verano. Existen en ella, como se acaba de decir, motivos piadosos de fuerza y atracción sobrada para resucitar las peregrinaciones de antaño, y dos ciudades monumentales, Santillana del Mar y Santiago de Compostela, que por sí solas justifican el largo y ameno viaje. En las costas y en las alturas cuenta la región cantábrica y gallega, como las montañas leonesas y algunas otras lindantes con aquella, con todos los alicientes que el moderno turista pide para esparcimientos y recreos que amenicen una dilatada estancia.



tedeuma (Coruña)



Aldea de Buñes, en las faldas de los Picos de Europa (Asturias)

DEAMBULANDO POR GALICIA

Terra malencónica

Por TRISTAN YUSTE

I
A la una de la tarde divisamos un cabo. El sol lo pule sus rayos iluminándolo de luces mates, con rayos que, si se hincaban en agua, de tierra o de mar, o en la albura de alguna que otra casita, se abrían en brillantes reflejos tintineadores entre el verde del follaje costero. Pregunté: era el cabo Silheiro. A la altura del cabo Boy, la barcaza, que ya había penetrado en la bahía en línea recta, viró lentamente hasta dejar a su derecha a Monterrey. Serían aproximadamente las dos menos cuarto cuando pasamos por delante de La Tenaza, la escollera de Oliñas y El Cangrejo. Poco después fondeábamos frente a Bayona.

No esperamos a nada, ni siquiera a ver y recorrer a la ligera las calles del pueblo. Derechos fuimos a lo que queríamos admirar. Ibamos por lo pronto a visitar Monterrey.

En un cerro se yergue, arrostrándolo todo, lo que resta del viejo y atrevido castillo de Monterrey. Cubierta está su cantaría de hierbas, beleños, yazgos, jaramagos, uvas de zorro, de maleza que crece y extiende su tapiz romántico por las piedras—adarves y muros—que, aún en su desmoronamiento, ciñen y defienden su recinto. Si, en un cerro, en una península que rompe el mar adentrándose hacia septentrión, se encierran lo que queda del antiguo "castello" de D. Pedro Alvarez de Sotomayor, Monterrey, Monte bravo con su ornamento de pinos marítimos y de piedras heroicas baldadas por el tiempo, es un monte de verdadera realeza. Fuerte medieval y esforzado, de recia leyenda de máscara de hierro, altivo defensor, vanguardia de esa verdeante y próspera tierra que se agrupa a su torno, en una época que, además de detener las embestidas del tempestuoso Océano, era menester resistir a los piratas del Norte. Entonces se alzó el baluarte de Monterrey, que fue obra de defensa y afán celtico de ascender a las alturas.

El cielo, de azul, se va tornando, velado por una gasa de nubes diáfanas, en blancuzco. Otras oscuras se interponen entre estas albarizas y, entonces, parece que va a diluviar. Se marchan las nubes negras, y la cerrazón del cielo, enmascarado de blanco, aumenta. El firmamento desangra su azul por venas sin cauce, extraviadas, latiendo su gajo y celeste color a través de cendales cada vez más espesos y oscuros. Intranzquilizadores, sí, intranzquilizadores; pero, en nuestro espíritu, en nuestra humanidad, y no en el de esta tierra gallega que se regocija y esponja, haciéndose aguas de lo que le va a caer encima.

¡Monterrey! ¡Palacio de Condomar! Tu silueta, antes de escueta é indomable fiera que sabe esperar y castigar pillajes, ahora de nebulosa ruina que flota los adioses de los emigrantes, de los que van a correr la "aventura" de las Américas, está siempre avizora del mar de lejanos horizontes, del mar sin límites de bramas sombrías, a veces orlado por misteriosas lontananzas como fauces de otro mundo vago y distante, del mar feroz que rabia y se rebela a tus pies en la escollera de Oliñas, escupiéndote, insultándote, con las brisas, y, enlazándose a ti, en los flujos y reflujos de la marejada, en anillos sucesivos, tumultuosos, irresistibles y salacas cual brazos de sirena de mar, femenina y treidora. ¡Qué de recuerdos de las plantas del Monterrey soberbio!, en las que la espuma coquetona se alisa con el peine salobre del viento, y gallea embreada, sosteniendo sus amorosos coloquios



El Castillo de Monterrey

con los pinos, que se inclinan de copa para escuchar mejor las fragoras y románticas sensiblerías de las aguas en las escarpaduras, respondiendo al ronco mugir de las ondas marinas en el arrecife, con el murmullo suave y severo de su acicular hojarasca. Caprichosa la mar, pide caricias, con labia que sabe gemir y enfurecerse, y sus lenguas de pompas de espuma ciñen el tronco de los árboles y se abaten sobre ellos, seduciéndolos, chupándoles su balsámica savia, embriagándoles con ese su estruendo poseidónico. Se rizan, espumas y ramas, movidas por el viento; se confunden y se entregan mutuamente sus olores y, luego, se separan. La espuma, deshecha en el abrazo, se retira rebotando por los peñascales perseguida por las gaviotas, alborozada, dichosa, y, en su dicha, acaba por despeñarse en immaculadas algarabias que toman nuevos impulsos. ¡Qué de recuerdos en tu adusta mole de vértebra histórica y bella, Palacio inexistente de Condomar! ¡Monterrey!

Ascendiendo hasta Torre Príncipe, se otea la argéntica perspectiva del Océano encrespado, de indescifrable color en el horizonte, y, moviéndose sobre ella, el guiño velero de unos botes acechando la sardina. Enfrente de nosotros, los peñascos oscuros de las Estelas y el Sentoulo, tapando un poco la masa borrosa, a veces agresiva, a veces huidiza, de Bocceiro, la isla meridional de las Cies. Por encima de nuestras cabezas, pájaros marinos que chillan y aletean girando por el cielo, que sigue azul a rasguños que resaltan por dentro del marco plúmbeo de unas nubes sin bordes, inmensas, perdidas,

II

Unamuno define la región galaica como tierra eminentemente femenina, de lindes blandas, imprecisas, ondulantes, hasta en sus montañaces y ariscos aspectos. Y, así

me parece a mí Galicia: una tierra que nos doblega, que nos sujeta, sin briosidades esplendorosas ni austeros ascetismos, a una añorante morriña de volverla a ver una vez idos. ¡No sé qué de sádico tienen esas caricias de sus ramajes, de los suspiros de sus aires ahitos de fragancias de campiña plena! ¡No sé qué de sádico tienen esas sus caricias de hembra sencilla y casta, llorosa, eternamente llorosa, con pesadumbres por ese su cielo tristísimo! ¡Qué de legítimos contrastes! la vellosa ternura de la gleba enfilada por el osco semblante del espacio, el cielo desconcertado cubriendo una tierra amante, demasiado amante, sumisa, sonriente al ser hurgada en lo íntimo de sus lágrimas por invisibles claridades de inconmensurable ternura. Qué visión la de esas sus formas siempre verdes, siempre llenas de perennes renuevos yerbecientes, con enramadas de árboles y de silveiras florecidas y pitorreos de paxariños y de andurriñas planeando a la búsqueda de gusanos, envolviéndose en brétemas flúidas y tibias, en brétemas que orlan de pálidos halos el disonante matiz de alguna flor atrevida, atenuándolo, amordazándolo, al evite de los ruegos, de las sonrisas melancólicas y feitiñas de estas flores que piden las libertades de la amenaza del manchón cabeceante y cornudo de cierta vaca que pastura soñolienta en aquella gándara.

III

¿Quién conoce el río Limia a su desembocadura en la costa lusitana entre Darque y Viana do Castelo? ¡Pues yo sé muy bien de sus fuentes en Orense, en la Lagúa de Antela! El mismo año que recorrí Bayona de Galicia y estuve en Vigo regresé a León por la carretera de Villacastín. En San Esteban de Sandiás me detuve a ver la pantanosa laguna. En Sandiás, situado entre O Mato y la Lagúa, aún se mantiene en pie un muro del

famoso castillo que la leyenda asegura fuera erigido por D. Sancho Díaz de Saldaña, padre natural del héroe de Roncesvalles, Bernaldo del Carpio, del que quizás sean enseñan berroqueñas esas águilas explayadas, esas aspas, esos lises desgastados, relamidos a cincel sobre las piedras que todavía presiden y marcan, con el pazo de Pena y el monasterio del Buen Jesús, el antiguo perímetro de la laguna de Antela.

Desde el cerrete del Castro se divisa perfectamente la cénica superficie del embalse, cuyas aguas, cual espejo roto, aparecen apuñaladas, la mayor de las veces, por junqueros y bimbieiras, que se enfangan en cieno y en una pasta verdosa de charca inmóvil—cultivo de mosquitos inquietantes y de sanguijuelas, ¡las famosísimas y preciadas sanguijuelas de Antela!—, al querer encaramarse por encima de las algas y nenúfares que oscilan llevados por una corriente circular de soplo de llanura, de la llanura de la Limia, que en verano reduce de márgenes la Lagúa.

Estoy, pues, en el amplio valle de la Limia, llamado granero de Galicia. Tierra bella, de anchurosos horizontes con dejo valón que recuerdan los cuadros de Hobbema o de Ruysdael. A levante, cortan la vista los montes de San Mamed, y al sur las sierras de D'Aguioncha y Larouco, de la cual se cuenta, con razón la más de las veces: "Larouco, pan pouco."

Bajo luego a Cardeita, a orillas de la Lagúa, con varios cazadores y mis compañeros de viaje. Por el camino topamos con una carretada, ese artefacto sin muelles, chirriante, arrastrado, el que vemos, por una vaca marea, que anda a pasos remolones hechos a que no se le venga encima la carga que porta. Sus tremendas posaderas, de sacrificio dionisiaco, pendulean girando sobre sus pezuñas, y su rabo restalla levantando polvo y partículas de boñiga desecada. Las ramas de los robles, de los perales, de los manzanos, pulsan las teleras de la carreta, ladronas de algo que el viento juguetón concluye por llevarse a la tersa cara de la Lagúa.

Ya estamos en la laguna; por una beirriña nos llegamos a ella, atravesando tremedales, charcas aisladas por setos vivos, por montículos sombreados de castaños. Las ranas nos saludan amables con el guirigay de un croar unánime, consentido a callarse si, con ruidos, se le escucha de cerca. Sus ancas palizambas se escurren y saltan zangolotinas por los ribazos entre juncos y espadañas, y una salpicadura de verde viscoso motea la alfombra mullida de los recuestos que declinan su plano hasta hundirlo lentamente en las aguas. En los pastos y en las gándaras inmediatas pacen mucos rebaños de ovejas y yaguas, las bestias limiás, corredoras. Las gallinetas y las garzas reales atraen la atención de los cazadores, y yo me quedo contemplando las luces en las gándaras relucientes del sol, en las gándaras por donde corretean los ibéricos bueyes negros, de rojos morros babeantes y de alzada testuz.

Al atardecer regresamos. Las campanas tañen a oración. Por la carretera iluminada de resol, transcurren caminantes, hombres y bestias, carretadas. A su paso, el polvo se levanta, y todo lo envuelve como un celaje, como una aureola dorada, lujo exorbitante para esta humanidad que arrastra esta corona por los suelos. Parecen ángeles mendigos. Ya cerca de la aldea oímos el berrinche panteísta del aturuxo gallego.

Itinerario Espiritual de Galicia

Por SALVADOR LISSARRAGUE

NO es fácilmente penetrable el espíritu de Galicia. Pertenecer a ese orden de cuestiones cuya dificultad no consiste tan sólo en la complicación de sus matices, de tal modo que, aclarados éstos, desaparece aquélla, y las cosas cuestionables se nos muestran con toda claridad, sino que radica principalmente en su propio ser y en el modo que éste tiene de expresarse. Ciertamente que nos estamos refiriendo a algo ya de suyo dudoso y de flúida y cambiante condición; si el espíritu de un hombre es ya arduamente asequible a nuestra razón, en mucho más alto grado lo será el de un modo genérico de humanidad que empieza por ser algo previamente abstraído y configurado por nosotros mismos. Inútil nos parece ponderar dificultades si de lo que se trata es de algo todavía mucho más complicado, esto es, el espíritu de un pueblo. No queremos significar, sin embargo, nada parecido al volkgeist, sino que nos referimos al modo concreto de una determinada existencia humana en su circunstancia. El hombre vive un mundo cuyos dos aspectos son la naturaleza exterior y la sociedad en que se desenvuelve. No se trata aquí de notas añadidas al verdadero ser del hombre considerado como individuo en sí mismo abstraído de aquéllas, ni tampoco de aptitudes que le son inherentes ni de exigencias de hecho, sino de los factores constitutivos e integrantes de su concreta e interna realidad. No es, por lo tanto, tan lejano como nos parecía el enfrentarnos con el espíritu de un pueblo, entendido este término en la forma indicada. El individuo concreto está asistido en su misma realidad personal de aquello que no le pertenece sólo como tal individuo, sino como miembro integrante de su sociedad, de su raza y de su pueblo. No es lo primero, ni el individuo puro ni el concepto abstracto, sino, como Bergson muy bien ha visto, una viva y algo confusa realidad de semejanza, de la que se desprenden, por operaciones posteriores de nuestra mente, lo uno y lo otro. Si en el individuo está dado el ser de la sociedad en que vive, alguna realidad tendrá en él también su contorno exterior, su paisaje. No es la geografía la determinante del modo de ser de los hombres, pero dada la condición de éstos, no puede serles ajena la tierra en que viven, la cual de algún modo configurará el estilo de su existencia. En Galicia, desde luego, esto acontece de un modo bastante acusado, como luego veremos.

La dificultad para penetrar en el espíritu de Galicia se debe principalmente a su íntima peculiaridad. No queremos, sin embargo, decir que aquél sea confuso e incoherente; por el contrario, presenta en sus distintas manifestaciones, en el paisaje, en el hombre, en los usos—dejemos de lado eso del folklore—, acentos inconfundibles. El espíritu de Galicia es, desde luego, complicado, y está lleno de profundas alteraciones que afectan principalmente a la divergencia entre la realidad íntima y la expresión aparente. No es un pueblo improvisado, sino una raza muy antigua, trabajada a fondo por una cultura milenaria, pero dotado de esa honda ironía que caracteriza a los pueblos con propio estilo y profunda sustancia interna que no se dejan prender fácilmente dentro del flujo de creencias e instituciones en que la historia transcurre. Librenos Dios, sin embargo, de admitir nada parecido al autotoniismo, cosa bárbara entre los bárbaros, pero no podemos por menos de señalar que el gallego es de captación íntima muy di-

ficil. Acaso porque tenga una cultura propia que exprese su auténtico e imperturbable ser por encima de toda forma histórica y de todo influjo que viene del exterior, algo de eso que se llama con horrible término "enxhebre". Huyamos con terror de trampas tan graves con que el diablo nos acecha. Escribir sobre estos temas es entablar con el diablo una durísima batalla, en la que nos deja muy escaso terreno de movimiento. Pero se la ganaremos. El gallego es duro de pelar, pero más por duro que por autóctono... (y otra vez esta voz se alza ante nosotros con la terrible objetividad de los espectros saquesperianos). Rechacemos con cruz alzada los fantasmas o, mejor aún, dejémoslos acercarse a nosotros ya cristianizados en "compañía santa", porque entonces sí pueden entornar amorosamente nuestra vida. Las gentes de Galicia no temen, sino que en el fondo aman la "santa compañía". Y no hay quizá más alto placer para un gallego que conversar en los neblinos caminos de la noche con sus propios difuntos. Y ni siquiera se opone a ello definitivamente en serio el cura párroco—institución primordial de la Galicia campesina—, sino que más bien pone a tan confortantes coloquios saludable y canónica medida. Por aquí ya empezamos a ir bien. El hombre de Galicia es de difícil penetración cultural; mas cuando ésta le es asimilada, siempre a su manera, se incorpora definitivamente a su propia sangre, haciéndose en él inmovible naturaleza. Poco se sabe de los celtas, aunque mucho hay en el espíritu galaico, de viejísimo; escasamente con precisión de los suevos, aunque algo de germano, y nunca sobra hay en Galicia. Sabe-

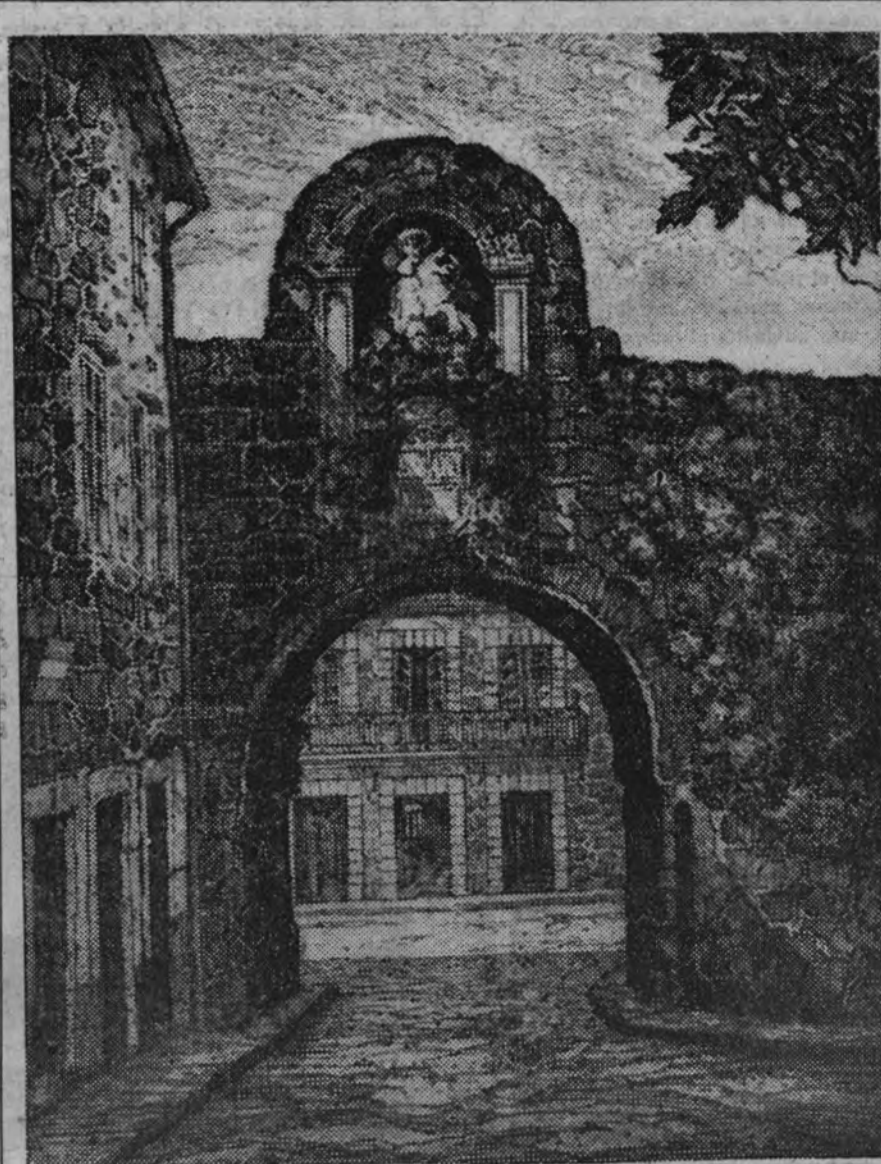
mos cuán infausta suerte cupo a los normandos—lamentémoslo en buena dosis—. Mas no hay duda que lo romano y lo cristiano, bien que con modulación peculiar—¿otra vez el diablo?—, calaron, gracias a Dios, hasta el fondo la médula y el alma de Galicia. Y ambos elementos han labrado en maravillosa síntesis esa forma de existencia firme, a la vez que nebulosa; socarrona, a la vez que ingenua; lírica, a la vez que crítica, que está ahí plasmada en el hombre de Galicia, que en el "vivir de cultura" se ha encontrado a sí mismo en el románico. A la vuelta de cualquier sendero se puede dialogar amablemente con los profetas o apóstoles del pórtico de la gloria. Rosalía, nuestra gran lírica, sintió deseos de hablar donjuanesca mente con ellos en su misma pétreo realidad, pero más tímida que Don Juan, se queda en preguntas consigo misma, y, por si acaso, no se atreve a decirles nada.

Lo difícil del gallego radica en cómo en él llega a hacerse piedra firme el lento destilar de lo más puro y valedero de la cultura. Los árabes no se establecieron duraderamente en Galicia—no nos enorgullecamos demasiado de ello—, pero es la verdad que no hubiésemos comprendido en Galicia ese rápido revestimiento arábigo y musulmán acaecido asombrosamente en otras comarcas españolas. Galicia va muy despacio, y por eso nos parece que su paso por la Historia es más bien un estar en quietud. No cabe duda que frente a la disparatada interpretación del galleguismo nuestra historia regional no se caracteriza por abundancia de figuras de primer orden ni por andanzas aventureras hacia el exterior, partiendo de su propia iniciativa,

se entiende, no al incorporarse a destinos comunes a demarcaciones más amplias. No ha dejado Galicia esa estela que en el mundo han dejado otros pueblos de la Península. Su estela es otra, también caminante, pero de fin de camino y de todo camino, porque marca justamente el fin del mundo la "estrella" de Santiago. Del único que hay, porque no hay dos, como el propio diablo nos quiere hacer creer, uno guerrero, castellano, de a caballo, y otro dulzón, con capa raída y peregrinante, que merodea entre lluvias por no sabe qué madrigueras. Y he ahí que el diablo no nos deja espacio libre y nos ha salido otra vez al paso, en figura de peregrino. El peregrino viene de todas partes, pero principalmente de la estirpe espiritual de Carlomagno, gallego honorario de la mejor Galicia en tantos y tan nobles sentidos, vela las armas como los caballeros en la gran Basílica Apostólica del Occidente y alza sobre su bordón la bandera blanca con la roja espada. No es Santiago el centro de peregrinaje de mustios sentimientos bretemos, sino la gran Basílica de una perenne cruzada de los conceptos más puros, de la Cruzada por la cultura de Occidente, expresión del cristianismo. Y aun recientemente esa Cruzada arrancó de Galicia a los hombres mejores guiados por la mejor Capitanía. Y la concha del peregrino supo lucir como glorioso "marisco" sobre los uniformes militares, no de Galicia, naturalmente, sino de España... "Y los mariscos gallegos mueren en las alambradas." Peregrinaje y heroísmo. El heroísmo es el mismo peregrinaje en actitud militante, el peregrinaje armado con las armas de los caballeros. ¿Acaso no llegaron a Santiago los más nobles y esforzados del mundo? Para algo más sirve el bordón que para apoyarse en el camino.

Galicia es profundamente realista y líricamente estelar. Como los robles, firmes y duros en su sustancia, matizados de tenue y luminoso colorido en el follaje. El paisaje gallego no es impresionista. Hay en él mucho juego suave de colores luminosos, pero está principalmente constituido por cosas. Las cosas no presenta en él la apariencia netamente dibujada, no se presentan como formas al modo del paisaje mediterráneo, pero acusan su viva y dura consistencia bajo la envoltura de la luz tenue y fina del color difuso o de la niebla. No lucen como en Andalucía, no están bañadas en una luz absoluta como en Castilla, pero son. El carácter gallego se nos presenta envuelto, en ocasiones, por una vagorosa sentimentalidad que encubre, sin embargo, una gran consistencia, cuando no reticencia, interior. El gallego distingue muy bien el ensueño de la vigilia, pero vive como ensoñado en su propia vida y en su propio paisaje. De ahí que la morriña, a diferencia de la saudade, no radica en un amor señeramente separado de todo, en el aire, que se busca en constante navegar, sino en un amor ligado profundamente a la tierra. Mas a una tierra no sentida como naturaleza fatalista que envuelve a la vida, sino libre y entrañablemente aceptada como complemento de la vida misma. En medio de una aparente subsunción en el paisaje terreno, como un elemento más del mismo, el gallego afirma neta y poderosamente la libertad personal con arreglo al mejor estilo europeo, ligando la tierra a sí mismo más que dándose él a la tierra, ya en la expresión delicada, aunque nada blanda, de la lírica de Rosalía de Castro.

(Continúa en la página 4)



Puerta de Santiago.

Castro-Gil

En la ría de Vigo

Por SANTOS ALCOCER



Cangas

ES la bahía de Vigo, reputada como la primera de Europa, uno de los lugares de España de belleza natural más extraordinarios.

Hacer una afirmación de esta naturaleza, con esta rotundidad que no admite discusión, podrá parecer para algunos exagerada o hija de la pasión local. No hay tal cosa. El hecho es tan cierto como que la patria chica del autor de estas líneas está alejada de Galicia por muchos kilómetros cuadrados del suelo español.

Para quien conoce la hermosa y profunda ría viguesa, para los hijos de la sin par Galicia, conocedores de los paisajes de ensueño de las tres rías bajas—Arosa, Pontevedra y Vigo—, sabemos que la afirmación que inicia este reportaje parecerá seguramente pobre, sin matices ni expresión exacta. Pero son legión, miles y miles, los españoles y turistas extranjeros que pueden dar testimonio de esta verdad irrecusable. Quien por primera vez se adentra por entre los incontables bosques que cubren sus riberas o disfruta de la belleza incomparable de sus playas, a la sombra de los pinares, queda extasiado.

La ría de Vigo sólo admite comparación con las otras dos rías hermanas: las de Arosa y Pontevedra. Y no obstante, cada una de las tres tiene sus características distintas, que las diferencia esencialmente.

INCISO HISTÓRICO DE LA RÍA DE VIGO

Emplazada la ría de Vigo, por inescrutable designio geológico, cara al mar Atlántico, tiene a su entrada, como gigantes guardianes pétreos en centinela permanente, las altas cimas de las islas Cíes. Su situación privilegiada sirve para resguardar la ría de la furia del Atlántico, cuyas bravas aguas rompen en sus escollos y acantilados del exterior. Las islas Cíes vigilan las tres entradas que tiene la ría, con Punta Subrido al Norte y la Punta del Boi al Sur. Desde este punto penetra el mar, calmados sus impetus, hasta internarse tierra adentro más de quince millas marítimas, con una profundidad media de 37 a 40 metros, y anchura varia, que va de uno a cuatro kilómetros en algunos sitios. En la historia accidentada de la ría tienen las islas Cíes un papel importante. En ellas tuvieron asiento los primeros astilleros de la región, donde se construían las primitivas embarcaciones y se reparaban las que llegaban a estas aguas procedentes de Fenicia, Grecia, Cartago y Roma, malparadas de sus aventuras comerciales o guerreras. Cuando las huestes de Roma hicieron su aparición en aquellas costas establecieron allí sus importantes factorías, después de reñidas batallas con los gallegos. Los celtas, "la raza fuerte y vigorosa que hace la guerra a los hombres, a la Naturaleza

y a los dioses, lanza flechas contra la tormenta, toma las armas contra las tempestades y marcha, espada en mano, contra los ríos desbordados o el océano irritado", como dice una vieja leyenda, hicieron siempre de las Cíes baluarte inexpugnable, dando gran quehacer a las legiones que desembarcaban en estas islas, haciéndolas rembarcar y retroceder más de una vez, acosadas por las barcas indígenas.

LA FAMA MARINERA DE SUS PRIMEROS MORADORES

Ya desde muy antiguo le viene la fama a la ría viguesa por la construcción de embarcaciones y por el arrojado de sus pescadores, maestros de todas las artes marinas. La privilegiada situación de esta ría debió influir extraordinariamente en sus primitivos moradores para que éstos dedicaran sus más importantes afanes a la construcción naval propia de aquellos tiempos, tanto para el comercio como para la pesca o la guerra. La maravilla de su riqueza pesquera, forestal y minera despertaron la codicia de los pueblos navegantes y mercaderes que la visitaban. No obstante, fueron los celtas, primeros habitantes de los cuales arranca la stirpe gallega, los que se asentaron en sus frondosos valles y explotaron la caza y la pesca que con exuberancia se producía en la región. Para el desarrollo de las construcciones marítimas encontraron en el país las mejores materias primas: riquísimas maderas, roble, castaño, pino, y, más adelante, el hierro y otros metales.

La larga estancia de los romanos, cuyos vestigios perduran en calzadas, puentes y otras huellas imperiales, fomentó en grado sumo la agricultura y la minería. Se instalaban después los suevos, llegan más tarde los árabes y penetran los normandos en son de rapiña. La "Vicus Spacorum" de los romanos pasa en estos dilatados tiempos por épocas de progreso y destrucción sucesivas.

LOS GREMIOS DE MAREANTES, PALADINES DE LA GUERRA CONTRA LA PIRATERÍA

Desde el siglo VIII hasta el IX pasa por una breve paralización de su comercio, aunque continúa siempre la actividad marinera, característica de siempre de sus moradores. A partir del siglo XII resurge nuevamente la villa, y las viejas calzadas romanas sirven de nuevo para el comercio interior en gran escala a la par que los gremios de mareantes dedican sus afanes a la pesca o a combatir la piratería. Toda la Edad Media jalona las etapas crecientes de la prosperidad de la pequeña villa marinera a ritmo paralelo con las de Redondela, en el fondo de la ría, y Bayona, a la entrada de la bahía.

Registra la ría de Vigo otro suceso de trascendencia nacional al recibir la primera la buena nueva del descubrimiento de América. el día 10 de marzo de 1493 arribaba a Bayona la "Pinta", mandada por Martín Alonso Pinzón, separado de la carabela en que regresaba Colón, a causa de una tempestad. Traía la carabela muestras fehacientes del descubrimiento. Pinzón envió desde Bayona, por medio del corregidor de la villa, un mensaje a los Reyes Católicos dándoles noticia de su arribada a la costa gallega y del descubrimiento de las Indias. Reparadas las averías de la carabela, se hizo de nuevo a la mar con rumbo a Palos de Moguer, donde llegó unas horas antes que el almirante Colón con su carabela.

DESDE DRAKE A LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

El siglo XVI tiene un recuerdo ingrato: Las incursiones de los ingleses que arrasan la villa de Vigo en 1589, al mando del pirata Drake. En esta época tenía ya Vigo 600 casas. En el siglo XVIII Vigo contribuye en grado sumo a combatir a los piratas y arma barcos en corso que salen a medir bravamente sus fuerzas con los que expoliaban nuestras rutas. En esta época adquirió gran desarrollo la construcción naval, y por entonces concibió Fernando VI la idea de instalar un gran arsenal en la ensenada de Ríos.

Entra francamente por el camino de su engrandecimiento a partir de los heroicos episodios de la guerra de la Independencia, al ser derrotadas las huestes napoleónicas en Vigo. En 1821, la enorme preponderancia alcanzada por la ciudad hace que se le conceda el título de capital de la provincia, lo que influye extraordinariamente en el desarrollo de las construcciones navales, y los gremios de carpinteros de ribera llegaron a conquistar la mayor importancia entre los oficios vigueses.

El año 23 pierde la capitalidad, que de nuevo se le concede en 1836 por un Real decreto de la Reina gobernadora, aunque no se llega a hacer efectiva.

A partir de mediados del siglo pasado sigue el florecimiento de las industrias y el comercio de Vigo, llegando a conquistar la categoría de uno de los primeros puertos de España con que ha llegado a nuestros días.

EL ENCANTO Y LA BELLEZA DE LA INCOMPARABLE RÍA GALLEGA

Describir con detalle el encanto y las bellezas de la incomparable ría gallega es labor más que sobrada para un largo libro. Quien la visita por vez primera queda sub-

yugado, porque los paisajes llenos de colorido de los mil entrantes del mar en sus costas, su temperatura, generalmente templada; su exuberante vegetación, la variedad de sus cultivos y arbolado, hacen a este paradisíaco lugar verdaderamente irresistible.

Puede llegarse a Vigo, desde tierra, por dos caminos diferentes: por el ferrocarril que viene de Orense o bajando desde Santiago. Cualquiera de estos dos caminos tiene su magnífica carretera de primer orden.

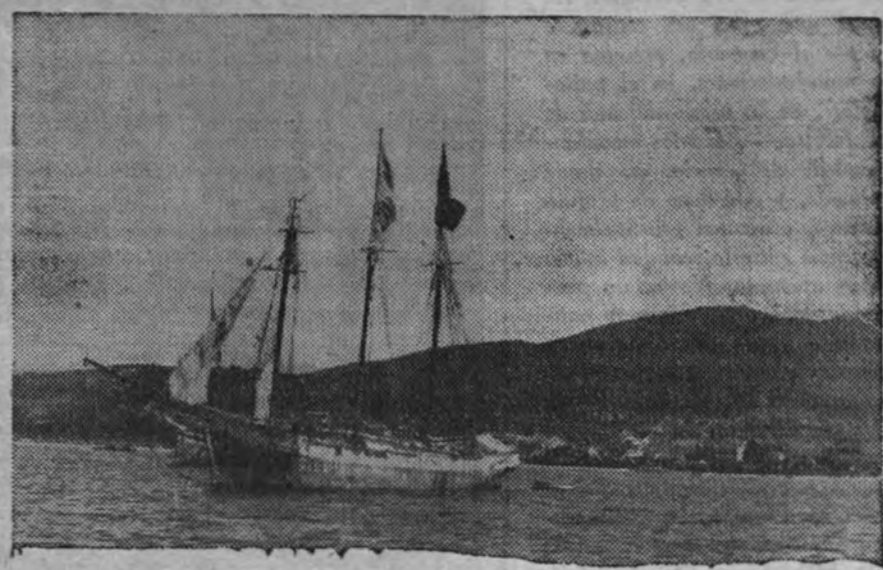
Bajar desde Santiago en ferrocarril por Padrón, Villagarcía de Arosa, Pontevedra y Redondela, hasta entrar en Vigo, después de haber ido bordeando las tres rías bajas, es una excursión inolvidable. Y si el viaje lo hacéis desde Orense y Mondoñedo, acabaréis anodados por tanta belleza. Durante kilómetros y kilómetros la vía del ferrocarril va ciñéndose al Miño. La margen opuesta es la frontera portuguesa. El río, durante este largo trayecto, discurre por el fondo de un profundo barranco, cuyas laderas están cubiertas de pinares y bosques de robles, castaños, alcornoques, abedules, álamos, fresnos, cipreses, sauces y arbutos sin cuento.

Y ya en Vigo tenéis perspectivas y posibles excursiones para escoger, en abundancia. Desde Puente Sampayo, en el extremo superior de la ría, si se sigue por la costa Norte de la ría, aparecen en sucesión panorámica los pueblecitos de San Adrián, Domayo, Moaña, Cangas, Darbó, hasta llegar a la desembocadura, por Punta Subrido. Todos ellos asomados al mar, y a sus espaldas, los inmensos paisajes de montaña que dominan las dos vertientes de la península de Morrazo, y al otro lado, la ría de Pontevedra, Marín, Bueu...

LA COSTA SUR DE LA RÍA

La costa sur de la ría viguesa es mucho más dilatada que la que está frente a Vigo. Los veinte kilómetros que separan Vigo de Bayona, a la salida de la ría, están cubiertos materialmente de mil lugares de excursión, a cual más sugestivo. Hay un servicio de tranvía eléctrico, cuyos trenes salen de media en media hora. Casi todo el camino que recorre el tranvía va pegado al mar. Esto ya dice bastante. Hay apeaderos en todas las grandes playas: Samil, El Bao, Canido, Panjón, Lourido y Bayona. El paisaje es extraordinario. Desde que se sale de la Floresta—el hermoso parque de las afueras de Vigo—se suceden ininterrumpidamente las playas junto a los pinares y los maizales mecidos suavemente por un viento tenue, cuando no

(Continúa en la página 14)



Vigo

Itinerario Gastronómico

Por JULIO FUERTES



HAY en Galicia, para los ojos ávidos del viajero dado a la observación, un corazón incólume, aislado y recóndito, y una periferia refinada en permanente contacto con el mundo. Mientras aquél hace resonar sus palpitaciones entre montañas, ésta se abre blandamente a la comunicación de los mares por las incontables viras de sus rías. Vaporcitos, gasolineras, galeones, lanchas, dornas, chalupas y toda suerte de pequeñas embarcaciones las cruzan sin cesar; circundándolas discurren carreteras y líneas ferroviarias sinuosas, que se doblan constantemente en busca de la tierra firme, bordando, con los típicos pinos, el maravilloso contorno marítimo de la región. Desde el recóndito corazón aislado que es Lugo, se abre Galicia como un abanico sobre los mares desde la punta de Santa Tecla a Rivadeo.

(El lector: "¡Vaya por Dios! ¿Pero adónde iremos a parar con esta literatura tan cursi...?")

La dejo ya, buen amigo. No sé siquiera cómo iba escribiendo de modo tan ajeno a mí, a mi escueta manera de contar e incluso a mis gustos personales; pero es que esta vez me parecía imprescindible, antes de entregarme a un tema tenido como prosaico, aunque creo que con error, y quería tal vez de aquel modo adobarlo un poco.

Eso es, adobarlo. Sin querer he dado con la palabra justa: adobar, y ya no tengo por qué andarme por las ramas, porque adobar es guisar, y de adobos y guisos, gallegos, por supuesto, quiero escribir, aunque incurra en graves herejías culinarias o aunque barbarice con la ortografía de palabras gallegas, que apenas aprendí de oídas, por lo que de antemano pido perdón a todos y especialmente a los nativos de la idílica región del "fin de la tierra".

Confieso que yo fui a Galicia lleno de prejuicios contra su cocina. El famoso "pote", sólo comido en una económica pensión estudiantil madrileña, me parecía insustancial y nada alimenticio, y alguna también famosa fruslería como las "filloas", elaboradas en la misma pensión, me sabían a masa mal cocida y las encontraba más cerca de la goma que de algún alimento razonable. Y de pronto un día llegué a Gali-



cia, cruzando en una barcaza la ría que separa Castropol de Ribadeo. Llevaba hambre, y la prisa me entró en la primera fonda que saltó a mi vista. Pedí comida sin más explicaciones, y sin pedírmelas tampoco, me sirvieron presto una minuta inolvidable, que me recitó así una rapaza que apenas contaría catorce años: "Caldiño", "pulpo a feira" e "raxo".

Me quedé como quien ve visiones. Apenas comprendí lo que sería el "caldiño" y un poco deduje lo del "pulpo a feira"; pero lo del "raxo" no pude en modo alguno comprenderlo. Acepté, sin embargo, y pronto tuve ante mí el "caldiño", que era ni más ni menos lo que había llamado hasta entonces "pote" y lo había comido sin gusto alguno en la vieja pensión madrileña. Entre un caldo espeso flotaban unas berzas de oscuro color—grelos—, unas patatas y unos trozos grasientos que a mí me parecieron tocino y luego resultó que eran "unto". El "unto" tardé mucho en saber lo que era, y aún no estoy muy cierto de saberlo



ahora. Mas no creo equivocarme mucho si digo que es la propia manteca del cerdo, enrollada y curada en la cocina al tibio calor de los humos del hogar. O yo no sé si a lo mejor se guarda en bodegas o en otros lugares, pero sí sé que ese color blanco rosado de la manteca recién extraída del cerdo, se torna blanco amarillento y toma un cierto olor que pronto se traduce en sabor a rancio, que es la gracia del "unto", y, por ende, del "caldiño". De todas maneras, yo ingerí aquel plato con tal delectación, que más bien que acabar con el "pulpo a feira", que inmediatamente me sirvieron, habría pedido otra ración de lo mismo; pero sentí impaciencia por llegar al "raxo" y devoré rápidamente el "pulpo a feira", del que hablaré en otro lugar de este mismo artículo, si es que me da tiempo, porque es grande como lo fué entonces mi impaciencia por llegar al "raxo".

El "raxo", amigo mío, es ni más ni menos que el lomo del cerdo en "zorza". "Zorza" me dijeron, y yo

acepté sin vacilar, porque me gustó la palabra tanto como el lomo, y resultó que la "zorza" era el adobo en que se conservaba la preciada carne hasta llegar el momento de consumirla.

Ahito, deleitado mi paladar, y ya sin fuerzas para seguir comiendo, apenas escuché la refahila de golosinas que, como postre, me ofreció aquella rapaza, y obsesionado por un recuerdo de Galicia en Castilla, dije torpemente: "Yo quiero filloas". No había "filloas", y la rapaza, que no hablaba bien el castellano, me explicó que, aunque las hacían con frecuencia, este manjar delicioso se elabora especialmente en los jueves de compadres y comadres, que corresponden a los dos jueves anteriores al domingo de carnaval.

Como no me gusta preguntar mucho y experimento un especial placer en enterarme de las cosas poco a poco, tal como en la vida van surgiendo, me quedé entonces sin saber lo que eran los jueves de compadres y comadres; pero ahora sé que son dos días casi exclusivamente



comiendo, comiendo, manjares cada vez más sabrosos y nutritivos, y la pesadilla consistía en el tremendo lastre que sentía en mi estómago.

Pero todo esto no estaba más que en sus comienzos. Corcubión, La Puebla del Caramiñal, Villagarcía de Arosa, San Pedro de Cornazo y otros lugares, aguardaban a mi paladar glotón de los veinticinco años. Tenía que saber lo que eran los "berberechos", las "vieiras", las "nécoras", las "centollas", los "morrunchos" y otros muchos mariscos y crustáceos de los que no tenía la menor noción.

Como un cicerone ilustrado de un grandioso monumento, el mozo de cualquier lugar donde comía me hacía preciosas indicaciones que orientaban mi paladar y mi estómago. En un gran hotel el "maitre" me dijo avisadamente:

—Si el señor va a Santiago pida allí el "caldiño" y el lacón con grelos, porque los grelos de Santiago son los mejores grelos de toda Galicia... ¿Ha comido ya el señor en algún sitio empanada?—agregó, cortándose de pronto en su anterior discurso.

—No. No he comido empanada.

—Pues qué lástima, señor, porque yo se la habría podido servir esta noche de "raxo", de "sardínas", de pulpo o de berberechos, porque de las cuatro clases las hay; pero si mañana está aquí el señor, yo podré hacer que le sirvan la que quiera el señor.

Claro está que me hice un lío, y que no sabiendo por cuál de las cuatro optar, dejé la elección al camarero. Y resultó que al día siguiente me sirvió una empanada de "berberechos".

Como ya había devorado una "centolla", el "caldiño" y un manjar europeo—tortilla de jamón—, llegué a la empanada un tanto alicaído, mas su dorada presencia y su incitante aroma redujeron la hartura. Entre dos capas de masa casi hojaldrada, los berberechos reposaban sobre la "zaragallada", que no es ni más menos que un rustido de tomate y cebolla, y no sé si alguna cosa más; pero el sabor me resultó tan excelente que, pese a la hartura, devoré el trozo que me había sido servido.

Cautamente, mi afán devorador





Ermisa gallega.

Aguazerte de Castro-Gil.